

BOLETÍN OFICIAL DEL
Arzobispado
de **Burgos**

Tomo 163 / N.º 2 / Febrero 2021

BOLETIN ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Tomo 163 – Núm. 2

Febrero 2021

Dirección y Administración
CASA DE LA IGLESIA

El Arzobispo

Mensajes



I NO HAY PAZ SIN CUIDADO, NI HORIZONTE SIN AMOR

(3-12-2021)

Queridos hermanos y hermanas:

«En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas». Ciertamente, «se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia». Con estas palabras del Papa Francisco en su carta encíclica *Fratelli tutti*, deseo compartir con vosotros un anhelo que, cada día, nace en mi corazón de pastor: no hay paz sin cuidado, ni horizonte sin amor.

El Santo Padre, en su mensaje para la 54 Jornada Mundial de la Paz que celebramos el pasado 1 de enero, apostaba por la cultura del cuidado

como camino de paz. En ese sentido, animaba a construir una sociedad basada en relaciones de fraternidad que lograsen erradicar «la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación». Una tierra firme donde hoy, más que nunca, hemos de sembrar la esperanza.

Este nuevo año que Dios nos regala, el Padre nos invita no solo a mirar, sino también a contemplar; y a coser las grietas de tantos rostros solos, cansados y heridos por el dolor en estos tiempos de pandemia; y, cómo no, a renacer entre la ternura de ese Dios pequeño y pobre que nació hace unos días en un humilde pesebre para recordarnos, como dijo san Pablo, que «la fuerza se revela en la debilidad».

En esta gran familia, que es la Iglesia, hemos de servirnos de la caridad, de la misericordia y del perdón para ser sembradores de paz. Con esa paz habitada que brota del Evangelio y que transforma el corazón de piedra en corazón de carne. Solo así es posible transitar, cuando más tiembla el cansancio, la intemperie de un camino cimentado por el amor, donde nadie debe quedarse al margen y donde todos deben tener un sitio en la mesa fraterna.

Una tarde de esta Navidad, aquí, en Burgos, estaba rezando, con la Palabra en las manos y a solas con el Señor. Y de fondo, escuchaba cómo algunas personas caminaban de un lado para otro, unos con prisa, otros con el paso aletargado, pero entre todos iban conformando un eco que se hacía parte de mi oración. Y recuerdo que leía a san Pablo, cuando le decía a Timoteo: «Comparte conmigo los trabajos del Evangelio». Le pedía compartir con él cada uno de sus sufrimientos y esperanzas, gozos y dificultades de las personas. Una tarea difícil, pero sin duda apasionante.

Y ese compartir las luchas del día a día, también es cuidar. Y mientras meditaba estas palabras de Pablo, pensaba en todos esos corazones de barro que les han robado la esperanza, la alegría, los sueños en estos tiempos duros; que son perseguidos por su fe, por luchar contra las injusticias, por poner a la persona en el centro; que son descartados por defender la vida, por promover la dignidad de cada uno de nuestros prójimos, por proteger la Casa Común.

Dios, un año más, cuenta con nosotros para que seamos cuidadores de su amor: cuidadores compasivos que edifiquen abrazos de paz en las llagas de tantos sufrientes. Porque la caridad traspasa las barreras del miedo, del frío, de tantos lamentos por calmar. Vivamos, pues, con alegría y esperanza, en este nuevo año que Dios nos ofrece, a la medida de su amor misericordioso que nunca se cansa.

Con gran afecto, recibid mi bendición y un abrazo fraterno.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

II

VACUNARSE COMO EXPRESIÓN DE CARIDAD Y RESPONSABILIDAD

(10-1-2021)

Queridos hermanos y hermanas:

Con la vacuna contra la Covid-19 sosegando el sufrimiento de este mundo, se abre una puerta a la ilusión, aparece una ayuda para vencer el miedo y se ilumina un poco más el camino para hacer frente a la desesperanza.

La Congregación para la Doctrina de la Fe ha publicado una nota que emite una valoración sobre el uso de la vacuna, explícitamente aprobada por el Papa Francisco el pasado mes de diciembre. En ella se califica este procedimiento como un elemento valioso que contribuye al bien común y se afirma que es «moralmente aceptable» el uso de estas vacunas «reconocidas como clínicamente seguras y eficaces». Este documento, en el que se integran otras consideraciones realizadas por la Pontificia Academia para la Vida, planta –tras de sí– un reguero de vida nueva donde se habla de responsabilidad, caridad y confianza.

La confianza es un elemento muy importante en nuestra vida que nos ayuda a agradecer. Agradecimiento a todos y cada uno de esos profesionales y cuidadores que duermen con la luz encendida y con el alma siempre en vela, pendientes por si la herida del hermano vuelve a supurar. Ellos, sin lugar a dudas, humanizan la práctica sanitaria y el cuidado de los más vulnerables. Las profesiones sociosanitarias existen para curar lo dañado, para calmar lo herido, para sanar lo ulcerado, para aliviar y siempre consolar.

Las vacunas son uno de los grandes hallazgos científicos de la humanidad. Y ahí también renace el mandato de la caridad. Por eso, como dijo el Papa Francisco en su tradicional mensaje *Urbi et Orbi*, las vacunas son «luces de esperanza en este tiempo de oscuridad e incertidumbre», «tienen que estar a disposición de todos» y «deben ser accesibles, sobre todo para los más vulnerables y necesitados del planeta».

Amar es un don y una tarea de todo ser humano. Y el eco que deja a su paso es realmente infinito. Las vacunas han sido el gran remedio para graves enfermedades en la dilatada historia de la humanidad. Algunas han sido completamente erradicadas gracias a su utilización. Y muchas otras han sido drásticamente desprovistas de su capacidad de generar sufrimiento, discapacidad y muerte.

Y, hoy en día, en este momento tan duro, con consecuencias no sólo sanitarias, sino también sociales, laborales, económicas, familiares... su utilización constituye un ejercicio de responsabilidad tanto personal como colectiva; y también un testimonio de caridad. Porque la vacuna no sólo nos previene de contraer la enfermedad, sino que también levanta barreras para no contagiar a aquellos que nos encontremos en casa, en el entorno o por el camino, de modo particular las personas mayores, enfermas o debilitadas.

La vacuna no nos exonera de seguir viviendo en la prudencia y en las normas necesarias de responsabilidad para impedir los contagios. Actuar desde el amor es una de las actitudes principales en que la Virgen María educa a sus hijos. Porque el amor ni cansa, ni se cansa, ni descansa. No abajemos los brazos que piden a Dios lo que necesitamos, que confían en Él y que se extienden generosos en la ayuda a quienes más lo necesitan. Con gran afecto y mi bendición.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

III

UNIDOS, COMO TIERRA ECUMÉNICA DE DIOS

(17-1-2021)

Queridos hermanos y hermanas:

«*Permaneced en mi amor y daréis fruto en abundancia*» (Jn 15, 5-9). Estas palabras del Señor a sus discípulos, que brotan del Evangelio de san Juan, dan vida al lema de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, que celebramos del 18 al 25 de enero.

Este es el gran deseo de Jesús: que volvamos la mirada hacia Él y permanezcamos para siempre en su amor. Y quiere que lo hagamos unidos, amándonos los unos a los otros, a su ejemplo, a su manera, a la medida de su amor. ¿Cómo? Desterrando de nuestros corazones «cuanto signifique división», como alentaba san Pablo en la Primera Carta a los Corintios. Desde la plegaria que Jesús dirigió al Padre en la víspera de su Pasión: «Que todos sean uno, para que el mundo crea». Y hacerlo, hasta recuperar la armonía, pensando y sintiendo en un mismo espíritu y amor.

Hoy, ataviados con el inmenso regalo de nuestra fe, más o menos incomprendida por un mundo complejo y tensionado, debemos volver a ha-

cernos aquella pregunta que le hizo san Pablo a la comunidad de Corinto: «¿Es que Cristo está dividido?».

Cristo es quien se manifiesta, es imagen visible de Dios invisible, y el Espíritu Santo es quien lo revela. Por ello, debemos tener presente que el Paráclito –como lo llama Jesús– es el forjador de la unidad que ahora, y como hijos de un mismo Padre, la Iglesia pide en oración.

Los Papas san Juan XXIII y san Juan Pablo II trabajaron incansablemente –desde la oración y la palabra, desde su vida y su misión– para alcanzar la unidad. Ambos dedicaron una parte esencial de su magisterio a acrecentar las relaciones con las distintas comunidades cristianas.

En este sentido, recuerdo cuando el fallecido cardenal Johannes Willebrands, quien sirvió durante muchos años a la Iglesia como presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la unidad de los cristianos, dijo que Juan XXIII era reverenciado por los ortodoxos rusos, quienes lo consideraban «patrón del movimiento ecuménico». Juan Pablo II, siguiendo su estela, en su encíclica *Ut unum sint*, dejó escrito que «crear en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; y querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad».

Este es el significado de la oración de Cristo: que todos seamos uno. Y serlo en comunión, sin recelos ni barreras, dejándonos guiar por el Espíritu Santo. Porque la comunión es fruto del amor. Pero no podemos pretender dar frutos por nuestra cuenta, porque no es posible fructificar vida en abundancia separados de la vid. Lo que hace posible los frutos es la savia, la vida del Maestro que fluye en nosotros.

Dios desea ardientemente la unidad. Y el Espíritu Santo, que es amor, capacita y crea la comunión en la diversidad de dones y de carismas, misterios, ritos y formas de pertenecer a una misma Iglesia de Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas: permanezcamos en el amor de Jesús, con la fe de María, y seamos como los sarmientos unidos a la vid. Porque solo así, la vida del Señor fluirá en nosotros. Y hagámoslo sin abrirle la puerta a la división, entrelazando nuestras manos, sostenidos en la oración comunitaria. Sigamos orando y trabajando, como tierra ecuménica de Dios, con audacia y sin descanso, para que acontezca en nosotros el admirable don de la unidad.

Con gran afecto, recibid mi bendición y mi abrazo.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

IV

HASTA QUE LA PALABRA SE HAGA CARNE

(24-1-2021)

Queridos hermanos y hermanas:

«*Mantened firme la Palabra de la vida*» (Flp 2, 16). Con este lema, tomado de la Carta de San Pablo a los Filipenses, celebramos hoy el Domingo de la Palabra de Dios.

Como recuerda el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, esta jornada desea «reavivar la responsabilidad de los creyentes en el conocimiento de la Sagrada Escritura», así como «mantenerla viva» mediante un trabajo permanente de transmisión y comprensión, «capaz de dar sentido a la vida de la Iglesia en las diversas condiciones en que se encuentra».

Y hoy, con Pablo en el corazón de esa carta que, según algunas referencias, escribe desde el cautiverio, redescubrimos la necesidad de que la comunidad cristiana crezca en el conocimiento de la Palabra de Dios. Una tarea, sin lugar a dudas, apasionante. Porque dejarse bañar por la Sagrada Escritura es revestirse de una vida nueva; desprenderse de uno mismo para llenarse de un amor infinitamente bueno; mudar nuestra piel muerta, inacabada y de barro en un torrente inacabable de ternura.

El Santo Padre, hace justamente un año, nos alentaba a «hacer espacio» dentro de nosotros a la Palabra de Dios. Porque «necesitamos escuchar», decía el Papa Francisco, «en medio de las miles de palabras de todos los días, esa Palabra que no nos habla de cosas, sino que nos habla de vida».

Una vida en torno a una llamada que se renueva en cada amanecer, y que encuentra en cada rincón del Evangelio un diálogo con ese Dios que habla y escucha, que se hace hogar, que se viste de consuelo y resguarda hasta el último hálito de nuestras dificultades.

El cristianismo, como decía san Bernardo, es la «religión de la Palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo». Y qué importante es descubrir, siguiendo la estela que marcó el Papa Benedicto XVI en su exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, que «solo Dios responde a la sed que hay en el corazón de todo ser humano». Máxime ahora, en estos tiempos de pandemia, ante tanta sed de luz y tanta hambre de afectos; ahora que hemos de ser cauces de misericordia para que Dios, cuando nos vea con el Evangelio en las manos y los ojos afianzados en Su presencia, acoja nuestras pobres palabras de alabanza en silencio.

«Hago todo esto por el Evangelio», revelaba san Pablo en su Primera Carta a los Corintios (1 Co 9,23). Asimismo, en su Carta a los Romanos (1,16), confesaba que no se avergonzaba del Evangelio, porque «es fuerza de salvación para todo el que cree». Y aunque apenas quede tiempo en nuestro acontecer diario, ahí debe germinar nuestra fe: en el leve parpadeo de la Palabra de aquel que «vio y creyó» (Jn 20, 8), para que Él nos ayude a reclinar nuestra cabeza sobre la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios se expresa en palabra humana merced al amor de una Madre, de la Santísima Virgen María. En Ella, la Palabra se hace carne, para habitar eternamente entre nosotros.

Queridos hermanos: hagamos sitio a la Palabra reservándole el mejor puesto de nuestro corazón y de nuestra casa. Esta Palabra será lámpara en el camino y luz en el sendero del amor y del servicio. Con gran afecto, recibid mi bendición.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

V

DON BOSCO Y LA ALEGRÍA DE EDUCAR

(31 de enero de 2021)

Queridos hermanos y hermanas:

«Si tuvieseis que morir en este momento, ¿a dónde iríais?». Hoy, celebramos la festividad de san Juan Bosco: padre, maestro de la juventud y autor de esta frase que acabo de pronunciar. ¿A dónde irías tú si Dios te llamase ahora?

Don Bosco cuenta con una maravillosa obra teológica y sobre todo pedagógica. Tras toda una vida sacerdotal colmada de entrega y generosidad, donde recorría las calles y visitaba las fábricas y las cárceles, para encontrarse con chicos que estaban abandonados, que habían perdido las ganas de vivir y que eran víctimas de todo tipo de maltratos, el fundador de los Salesianos consiguió sembrar alegría allí donde solo había horror. Y con 72 años, puso rumbo al Cielo y fue canonizado el 1 de abril de 1934 por Pío IX, a quien llamaban el *protector especial de los Salesianos*.

Hoy, la festividad de este santo nos recuerda la importancia de servir, de amar y de educar. Tres horizontes que encuentran su cumbre en el corazón de los tres amores de Don Bosco: la Eucaristía, la Virgen y el Papa. Servir, haciendo de nuestra vida una Eucaristía, una unión en el Cuerpo

de Cristo, para hacerlo todo en memoria suya (Marcos 14, 22-26). Amar, en la carne unguida de los pobres, para poder gritar –como hizo san Juan Bosco– que «donde reina la caridad, ahí está la felicidad». Y educar, siguiendo su incansable ejemplo, con el Señor presidiendo el altar del pan nuestro de cada día, y con la felicidad de un niño que se siente amado, cuidado y sostenido.

Como afirmaba Benedicto XVI: «Puede ser útil identificar algunas exigencias comunes de una educación auténtica. Ante todo, necesita la cercanía y la confianza que nacen del amor: pienso en la primera y fundamental experiencia de amor que hacen los niños –o que, por lo menos, deberían hacer– con sus padres. Pero todo verdadero educador sabe que para educar debe dar algo de sí mismo y que solamente así puede ayudar a sus alumnos a superar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico» (Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 enero 2008).

Santa Teresa de Jesús decía que «solo el amor es el que da valor a todas las cosas». En estos momentos, es necesaria la educación desde el amor a Dios y al prójimo. Esta mística española, doctora de la Iglesia, les decía a sus compañeras de convento que «todas han de ser amigas, se han de amar, se han de querer y se han de curar». Porque el amor, al fin y al cabo, es la virtud fundamental que hemos de transmitir a nuestros hermanos, a nuestros amigos, a nuestros hijos, a todos los que están a nuestro alrededor.

El Papa Francisco nos habla de la educación como tarea indispensable de la familia: «La familia es el ámbito de la socialización primaria, porque es el primer lugar donde se aprende a colocarse frente al otro, a escuchar, a compartir, a soportar, a respetar, a ayudar, a convivir. La tarea educativa tiene que despertar el sentimiento del mundo y de la sociedad como hogar, es una educación para saber «habitar», más allá de los límites de la propia casa» (AL, 276).

Hoy, más que nunca, con Don Bosco (un portador incansable de la alegría del Evangelio y un santo que «tenía cara de Domingo de Pascua», como dijo una vez el Papa Francisco), hemos de salir a buscar a los jóvenes que muchas veces, aunque no lo parezca, llevan sobre sus hombros una mochila de sufrimiento, desorientación y soledad; y, como el Buen Samaritano, hemos de educar la fragilidad de los más vulnerables e inclinarnos sobre esas heridas que tan solo necesitan descubrir la alegría de vivir. Para que si hoy alguien nos pregunta a dónde iríamos si tuviésemos que morir en este momento, podamos decir, como san Juan Bosco: «Las espinas de la vida se trocarán en flores para toda la eternidad». Esa es nuestra esperanza. Con gran afecto, recibid mi bendición.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

Agenda del Sr. Arzobispo

ENERO 2021

- Día 1: Preside la Eucaristía de la Solemnidad de Santa María Madre de Dios en la Catedral. Se encuentra con familias y preside la Eucaristía en San Cosme
- Día 2: Se reúne con el Cabildo de la Catedral
- Día 3: Visita a Iesu Communio
- Día 4: Visitas
- Día 5: Visitas
- Día 6: Preside la Eucaristía de la Epifanía en la Catedral. Por la tarde preside el Funeral de D. Agustín Heras Alarcia en Santa Águeda
- Día 7: Visita a la Fundación Caja Círculo. Encuentro con HAKUNA
- Día 8: Visita a la Policía Nacional. Visita al Director de Educación. Se reúne con Secretaría de la Asamblea Diocesana
- Día 10: Preside la Eucaristía del Bautismo del Señor en la Catedral
- Día 11-15: Ejercicios Espirituales
- Día 16: Se reúne con el Cabildo de la Catedral. Visitas
- Día 17: Preside el Funeral de D. Julián Lucio en Santa Águeda. Por la tarde preside la Eucaristía en la Catedral
- Día 18: Preside la reunión del Consejo presbiteral. Por la tarde se reúne con el Claustro de la Facultad de Teología
- Día 19: Desayuno con UGT y CCOO. Consejo Episcopal. Encuentro con el Presidente de las Cortes de Castilla y León. Recibe a la Delegación de Pastoral de la Salud y a la Delegación de Enseñanza
- Día 20: Participa en la Comisión Ejecutiva de la CEE

- Día 21: Visitas al Delegado de Defensa y Comandante de la Guardia Civil. Se reúne con los sacerdotes del Arciprestazgo de Amaya
- Día 22: Visitas. Recibe a las delegaciones de Apostolado Seglar y Religiosidad Popular
- Día 24: Preside la Eucaristía en Melgar de Fernamental. Se reúne con los sacerdotes recientemente ordenados
- Día 25: Recibe a las Delegaciones de Pastora Vocacional, Medios de Comunicación, Sistemas informáticos e Infancia y Juventud. Preside la Eucaristía en San Pablo.
- Día 26: Consejo Episcopal. Recibe a la Delegación de Familia y Vida y al COF
- Día 27: Participa en la Rueda de prensa para presentar los libros elaborados sobre la catedral para los colegios. Participa en la Formación Permanente para el Clero. Reunión con el CEU. Encuentro con jóvenes. Preside la Eucaristía en San Julián
- Día 28: Visitas. Se reúne con los sacerdotes del Arciprestazgo de San Juan de Ortega. Pronuncia una conferencia en la Facultad de Teología con motivo de la Fiesta de Santo Tomás de Aquino
- Día 29: Participa en el Encuentro de Pastoral Obrera. Visita a los cartujos
- Día 31: Preside la Eucaristía en San Lesmes. Por la tarde, en la Catedral

Vicaría de Pastoral

CALENDARIO PASTORAL PARA EL MES DE FEBRERO

Febrero

- 2 martes:** *Jornada de la Vida Consagrada. Jubileo en la Catedral. (CONFER)*
- 5 viernes:** Vigilia de oración contra la Trata. (Trata)
- 6 sábado:** Encuentro VEM. (Vocaciones - Catequesis - Misiones)
- 8 lunes:** *Jornada contra la Trata.*
- 11 jueves:** *Jornada Mundial del Enfermo.*
- 13 sábado:** Consejo Pastoral Diocesano.
- 14 domingo:** *Campaña de Manos Unidas.*
- 19 viernes:** Colegio de arciprestes.
- 19 viernes:** Oración joven. (Juventud)
- 24 miércoles:** Curso de formación específica en pastoral de la salud. (Pastoral de la Salud)
- 27 sábado:** Entrega de premios del Concurso escolar de Migraciones. (Pastoral de Migraciones)

I

CONVOCATORIA PARA LA CELEBRACIÓN DEL “RITO DE ADMISIÓN AL DIACONADO Y PRESBITERADO”

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, Mons. MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA, ha dispuesto celebrar el RITO DE ADMISIÓN AL DIACONADO Y PRESBITERADO el día 20 de marzo de 2021, sábado, a las 19,00 horas, en la Capilla del Seminario Diocesano de San José de Burgos.

Los aspirantes que deseen ser admitidos a dicho Rito, presentarán la documentación pertinente en la Secretaría General del Arzobispado antes del 5 de febrero del año en curso.

Lo que se hace público para conocimiento de los interesados, a los efectos consiguientes.

Burgos, 13 de enero de 2019.



ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General

II

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1) Rvdo. D. AGUSTÍN HERAS ALARCIA

Sacerdote Diocesano



El 5 de enero falleció AGUSTÍN HERAS ALARCIA. Nacido en Santa Cruz de Valle Urbión el día 25 de septiembre de 1944, fue ordenado sacerdote el día 4 de julio de 1970. Fue vicario parroquial de Santa María de Aranda, párroco de Redecilla del Camino, Gumiel de Izán, Sasamón y en la actualidad era Capellán Adjunto de los Tanatorios de la ciudad.

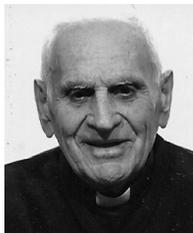
Nuestro Arzobispo D. Mario y todo el Presbiterio compartimos con sus hermanos y sobrinos el dolor de su muerte y damos gracias a Dios por su ministerio sacerdotal entregado y fecundo y confiamos a Agustín a la misericordia de nuestro Padre Dios.

Su funeral, presidio por D. Mario, tuvo lugar el día de la Epifanía del Señor en la Capilla del Tanatorio de San José y sus restos descansan en su pueblo natal, Santa Cruz del Valle Urbión.

Agustín, guiado por la Luz de la Estrella de Belén y en la presencia del Recién Nacido proclama: “He visto tu estrella y vengo a adorarte y quiero decirte: gracias, Señor. Gracias por todo lo que me diste, por todo lo que fue posible y por todo lo que no. Gracias por los que llegaron a mi vida y gracias también por los que se fueron. Gracias por estar siempre a mi lado y por tu eterno amor. GRACIAS SEÑOR”

2) Rvdo. D. JULIÁN LUCIO PÉREZ

Sacerdote Diocesano



Nació en Tablada de Rudrón el 28 de febrero de 1927. Su padre era el Secretario del pueblo. Su madre, de Masa, sobrina de D. Jerónimo, párroco de Sasamón. Fue ordenado sacerdote el 1 de julio de 1951. Como tal ejerció el ministerio en Pesadas de Burgos y servicios. De allí pasó a la Preceptoria de Quintanilla Escalada, sucediendo a D. Justiniano Peña Bercedo. A primeros

de septiembre de 1965 fue nombrado Administrador de ambos seminarios (S. José y S. Jerónimo) y Profesor en S. José. En 1971 fue nombrado Profesor de Religión en el I.E.M. “Diego Porcelos”. Finalmente, fue durante varios años Capellán de la Clínica “Cruz Roja”, hoy “Recoletas”. Falleció en la Casa sacerdotal, en la madrugada del 16 de enero. D. Julián ¡Descansa en paz!

Quienes tuvimos la suerte de aprender a movernos y dar los primeros pasos en sus clases de latín y aprendimos los casos, las declinaciones, conjugaciones, los verbos irregulares y la lista interminable de pretéritos y supinos, a manejar el *Raimundo de Miguel*, así como los largos análisis en Lengua... siempre le recordaremos con cariño afectuoso y agradecido. Hombre austero, sacrificado, asceta. Sacerdote comprometido, fiel, leal. Estamos convencidos de que el Padre misericordioso lo habrá recibido en el Banquete eterno donde ya no hay ni llanto, ni lamento, ni muerte, ni dolor, sino alegría sin fin, “*Porque la vida de los que en ti creemos, Señor no termina, se transforma y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo*”.

D. Julián, gracias por todo. Que el Señor le pague lo que, como humano, no hemos sabido ni podido hacer.

JESÚS YUSTA SAINZ

3) SOR TERESA JUÁREZ MARCOS

Monja Benedictina de Burgos



Sor Teresa (Eusebia) Juárez Marcos, monja Benedictina del Monasterio de San José de Burgos, falleció el día 27 de diciembre de 2020 a los 92 años de edad y 64 de profesión.

Nació en Becerril de Campos (Palencia) el día 8 de diciembre de 1928. Siendo joven, sintió la llamada del Señor y llegó a este monasterio de San José de Burgos, aconsejada por el Párroco de dicha localidad, con quien se dirigía. Después de una vida de confianza y abandono a la voluntad del Padre, de servicio a la Iglesia y a la Comunidad, se durmió en la paz del Señor.

Fue una monja muy trabajadora y ágil en las labores, especialmente en el bordado a máquina y en todo tipo de arreglos. Fue muy amante de las almas del Purgatorio y de las Misiones. Por las primeras, rezaba cada día el Oficio de difuntos, y para los niños de países de misión, en los recreos hacía jerséis, baberos etc. Oraciones y trabajos que el Señor le habrá recompensado. D.E.P.

Colegio de arciprestes

CRÓNICA DE LA REUNIÓN DEL COLEGIO DE ARCIPRESTES

(18-12-2020)

El viernes 18 de diciembre de 2020, tuvo lugar la primera reunión del Colegio de arciprestes con nuestro nuevo arzobispo, don Mario. Ya había tenido una reunión este Colegio durante este curso, pero con don Fidel; en aquel día aún no sabíamos de su despedida. Acogemos con amabilidad a nuestro nuevo arzobispo con el deseo de que, entre todos, hagamos una buena evangelización.

Después de los saludos y de la oración, en el hemicycleo del Seminario, **don Mario** nos dirigió unas palabras. Expresó su deseo de estar presente en las reuniones de este Colegio para que nos oigamos mutuamente y de conocer cada arciprestazgo, estando presente en una reunión ordinaria del equipo de sacerdotes y celebrar la eucaristía al domingo siguiente en una de las parroquias del correspondiente arciprestazgo. Sobre visitar a la totalidad de las parroquias, habrá que ir viendo cuál es lo mejor para ello. Presentó la necesidad de hacer una buena evangelización en esta sociedad burgalesa que da muestras de secularización e índices de descenso en la práctica de los sacramentos. Expresó don Mario que le parece importante saber cómo nos ven los burgaleses a la Iglesia. En definitiva es importante “sembrar con alegría y paz el Evangelio del Señor”, afirmó.

Don José Luis Lastra, como vicario de pastoral, nos recordó la historia de la reestructuración territorial (la reducción de número de arciprestazgos y la organización en unidades de atención pastoral). Expresó textualmente: “Es más importante la vida que las estructuras. Es más importante la misión evangelizadora que los límites geográficos. Es más importante la comunidad que la estructura jurídica. En los próximos años deberemos cuidar la vida, la misión y la comunidad. Pero también la conversión pastoral conlleva la adecuación de las estructuras a la vida, a la misión y a la comunidad. Sin agobios y en sinodalidad”. A partir de estos informes, se abrió un diálogo en el que algunos arciprestes expresaron la necesidad de caminar hacia un estilo de pastoral que supere el individualismo y el estar abiertos a cambios. Don Mario intervino señalando cómo en la

organización es necesario ir de modo natural, sin forzar. Valoró también la importancia que tiene el patrimonio en su justa medida.

Después cada arcipreste empleó unos tres-cuatro minutos en hacer una presentación de su arciprestazgo: su situación geográfica y social, su realidad pastoral, agentes, consejo y comisiones, situación actual con la pandemia, retos pastorales. Esto llevó la mayor parte del tiempo. Finalmente se elaboró un calendario para las visitas a los arciprestazgos.

RAFAEL CASADO
Secretario

CRÓNICA DE LA TERCERA SESIÓN PLENARIA DEL XV CONSEJO PRESBITERAL

(18-1-2021)

El día 18 de enero de 2021, en el Aula Magna de la Facultad de Teología de Burgos, se reunió en sesión plenaria ordinaria el decimoquinto Consejo Presbiteral de nuestra diócesis, bajo la presidencia del nuevo arzobispo D. Mario Iceta Gavicagogeascoa.

El tema de fondo fue: “Situación actual de los sacerdotes en nuestra diócesis” siguiendo los puntos que aparecían en el documento de trabajo que se envió con la convocatoria. Tomaron la palabra todos aquellos que lo pidieron y de forma resumida, estas fueron las aportaciones:

1. – Luces y esperanzas en su vida y tarea pastoral:

- El trato cercano y personal con los feligreses, en especial con la gente mayor que son un signo para todos por su fidelidad. El “resto de Israel” que hay en todas las parroquias.
- Ver cómo la gente valora que la fe une y les ayuda a encontrarse, a rezar; estar cerca de ellos en los momentos más especiales.
- Saber que participamos del sacerdocio de Cristo, con una misión encomendada por el obispo.
- La fuerza del Espíritu que se manifiesta en la creatividad y entusiasmo de algunos compañeros.
- La colaboración de los seglares comprometidos.
- La gran tarea que hay por delante.
- Ser voz de los que no la tienen.
- La caridad pastoral.
- La alegría del sacerdocio y pertenencia al presbiterio unido. La ayuda que recibimos de la diócesis. La confianza en Dios.

- Buena relación entre los sacerdotes, la motivación que se nos da en la formación permanente encuentros, retiros... que nos ofrece la delegación del clero.
- Esperanza en que esta situación pueda traer algo bueno.
- Se ven conversiones y cambios de vida por la eucaristía y la confesión.
- El ver cómo los jóvenes se siguen enganchando a la misión de la Iglesia y algunos se siguen interesando por la vocación sacerdotal.
- Los pasos que se van dando hacia una Iglesia más sinodal.
- El cuidado de las celebraciones y las Unidades Pastorales que van creándose.
- Los compañeros que se preocupan de nosotros.
- La apasionante labor en los colegios diocesanos, donde se prioriza a los más sencillos. La suerte de tener una facultad de teología en la diócesis.
- Constatar el hambre de Dios que tiene la gente y que se manifiesta en la participación en la celebración de la fe y otros campos de la pastoral.
- Cada vez hay más espacios de comunión y fraternidad sacerdotal.

2. – Dificultades encontradas:

- La poca gente que hay en los pueblos y muy envejecida.
- Las limitaciones que trae la pandemia en la pastoral.
- La falta de compromiso de los laicos y formación deficiente.
- La edad de los sacerdotes y escasez de laicos comprometidos. Faltan relevos.
- Cuesta encontrar nuevos métodos y hay mucha rutina. Nos falta preparación.
- Secularización de la sociedad. No saber hacernos presentes.
- Dispersión en obligaciones que tienen poco que ver con el sacerdocio: obras, administración, papeleo y que exigen mucho tiempo. Muchas energías se gastan en lo económico.
- Pérdida de ilusión y motivación.
- Individualismo entre los sacerdotes.
- Pocos frutos y no saber cómo actuar.
- Desorientación en la pastoral, a veces estamos demasiado pendientes de mantener estructuras.
- Más sacramentalización que evangelización.

- Olvido de la dimensión espiritual.
- Cansancio interior y sensación de vernos desbordados por el mundo. Poco acompañamiento personal.
- Los sacerdotes que trabajan en el mundo de la enseñanza sienten que se valora y conoce poco ese campo.
- Sensación de agobio por tantas misas como se celebran los domingos y luego con poca actividad entre semana.
- Sentimiento de soledad.
- La catequesis con el sistema tradicional nos agota y no da frutos. Miedo a los nuevos métodos.
- Falta de seguimiento en la pastoral.
- Poca preocupación por las vocaciones y pocos seminaristas.

3. – Retos pastorales:

- Adaptación a las nuevas realidades tecnológicas.
- Nueva evangelización: ¿cómo ser signos de lo trascendente? ¿cómo reincorporar a los que se han alejado? ¿cómo y a quién administrar el bautismo, la primera comunión y el matrimonio? ¿cómo hacer que la gente se encuentre con Dios?
- Reforzar la teología y pastoral de la vocación, como algo transversal.
- La reestructuración diocesana.
- Apostar por un proceso de iniciación cristiana que desemboque en una pastoral juvenil, invirtiendo medios personales y económicos.
- Aprovechar la plataforma de los colegios diocesanos para una mayor cultura de evangelio y dedicar más sacerdotes a esta tarea.
- Reducir estructuras (delegaciones) y hacerlas más eficaces.
- No quedarnos en los números y aprender a trabajar más en equipo.
- Adorar al Santísimo y hacer más presente a Jesús.
- Parroquias que acogen, sobre todo a los más pobres.
- Mayor claridad al organizar el trabajo. Trabajo en equipo. Formar pequeñas comunidades vivas. Cuidar procesos.
- Mayor sensibilidad hacia el mundo de hoy.
- Mayor conciencia de pueblo de Dios y corresponsabilidad.
- Cuidar más lo espiritual, retiros más profundos; dejarse acompañar.
- Implicar a más laicos de mediana edad.

4. – Ayuda que necesitas:

- Encuentros para compartir dudas, dificultades, interrogantes.
- Darnos esperanza para encontrar nuevos caminos, métodos y palabras.
- Claves para entender en clave evangelizadora esta situación.
- Alivio en temas de gestión y administración parroquial.
- Reorganización del trabajo en las delegaciones. Reducir estructuras.
- Hay buena oferta en lo que ofrece la diócesis, hace falta quererlo utilizar.
- Que los curas nos queramos más, mayor comunión de vida.
- Formación más enfocada a lo concreto de la pastoral.
- Espacios físicos para la pastoral, equipos de celebración de la Palabra y ayudas puntuales de sacerdotes en verano para misas. Apoyo en las iniciativas.
- Equipos sacerdotales de vida y trabajo, espiritualidad más profunda.
- Laicos cualificados en cuestiones prácticas.
- Crear un centro de espiritualidad diocesano.

5. – Sugerencias para impulsar la Asamblea diocesana:

- Sentirla como algo necesario.
- Ir sacando conclusiones operativas y ponerlas en práctica.
- Hacer llegar a todos las conclusiones.
- Suspenderla hasta el final de la pandemia.
- Redefinir objetivos concretos y claros.
- Acentuar lo espiritual.
- Volver a animar: reuniones de moderadores y secretarios de grupo.
- Tratar temas más sencillos.
- Mayor presencia del tema en los medios de comunicación de ámbito más provincial.

Siguiendo el horario previsto, se hizo votación para elegir los dos miembros de la permanente y tras el recuento, se hizo una segunda votación resultando elegidos Marcelo Gómez y Juan Mariano Lucio.

Don Mario tomó la palabra después del descanso e hizo algunas aportaciones y subrayados a lo dicho anteriormente. En cuanto a las luces, resaltó la importancia de los colegios diocesanos como plataforma de primer orden y de la facultad de teología. Dificultades: celibato no es soledad, hay

que tener “cierta vida común” y compartir con los laicos. Sugirió un voluntariado económico para aliviar en los temas de gestión. La pérdida de ilusión y el cansancio es común a la mayoría de los presbiterios. Hay que revisar permanentemente si distribuimos adecuadamente nuestro tiempo y cuidar el acompañamiento espiritual. Respecto a los retos: la pastoral vocacional, importancia del primer anuncio y seguimiento de Jesús, lugares de encuentro y la iniciación cristiana. Sobre las ayudas solicitadas: formas de vida en común, incorporación de los laicos, más diáconos permanentes, reducir estructuras, dar forma jurídica a las UAPAS, cuidar la formación permanente, valorar la creación de un centro de espiritualidad y aprovechar mejor los monasterios para este fin. Respecto a cómo impulsar la Asamblea diocesana, manifestó su interés por hacer un estudio sociológico para conocer mejor la realidad. Terminó resaltando las muchas fortalezas que ha encontrado en el clero y laicado y su deseo de cuidar la relación con los sacerdotes.

En el capítulo de informaciones, el Vicario para asuntos económicos informó de los plazos para cumplir con las obligaciones con Hacienda, del programa de gestión parroquial que se quiere ir introduciendo y de las gestiones que se están realizando de inmuebles de la diócesis. El Vicario de Pastoral informó de la marcha de la Asamblea. El Vicario general, sobre el Jubileo, invitó a asumir las claves jubilares en las parroquias. Finalmente, el Sr. Arzobispo comentó la carta enviada a los sacerdotes sobre los obispos dimisionarios e informó sobre las nuevas puertas de la catedral.

Se terminó este capítulo anunciando la fecha del Rito de admisión y del próximo Consejo Presbiteral que será el 21 de junio. Se clausuró la sesión con una oración.

PEDRO JUANES CONTRERAS
Secretario del Consejo

VIII Centenario de la Catedral

1

La Junta colaborará en los actos en torno al 20 de julio para conmemorar el VIII Centenario de la Catedral

(9 enero 2021)

Están previstas una misa solemne, la inauguración de una exposición sobre el castellano centrada en 'El Quijote' y conciertos dirigidos por Gustavo Dudamel.



2

Sindicatos y políticos conocen los proyectos de la fundación VIII Centenario de la Catedral

(20 enero 2021)

El arzobispo y presidente de la fundación, acompañado por el vicepresidente de la entidad, mantuvieron sendos encuentros con UGT y CC.OO., así como con representantes del partido Ciudadanos.



3

La Fundación VIII Centenario recupera las obras musicales más destacadas del Archivo de la Catedral

(21 enero 2021)

El acuerdo incluye cuatro conciertos, una exposición de los cantorales del templo y la publicación del libro 'Juan de Colonia y la Catedral de Burgos', de Nicolás Menéndez González.



4

El presidente de las Cortes reafirma su compromiso con el VIII Centenario de la muerte de santo Domingo

(23 enero 2021)

Luis Fuentes se reunió esta semana con el presidente y vicepresidente de la fundación VIII Centenario de la Catedral para conocer el programa de actos programados para la festejar la efemérides.



5

La archidiócesis elabora un material didáctico «pionero y audaz» sobre la Catedral

(27 enero 2021)

En las últimas semanas se han entregado a colegios e institutos 31.000 ejemplares de un material didáctico que acerca al alumnado de Religión al templo gótico con recursos digitales e impresos.



1

Imagen del mes



*Tondo ovalado y en alabastro de la Virgen con el Niño
Autor: Diego de Siloé, hacia 1520*

El *tondo* es una composición pictórica o escultural que se realiza en forma circular y no rectangular como es tradicional. El término proviene del italiano *rotondo* que significa *redondo*.

2

Una oración para ser luz en 2021, el Año Jubilar de la Catedral

(2 enero 2021)

La capilla de Santa Tecla acogió el día 31 de diciembre, una vigilia de oración ante el nuevo año en el marco del Jubileo, que contó con la presencia del arzobispo, don Mario Iceta.



3

La exposición «Punto y seguimos» recalca en Aranda de Duero

(7 enero 2021)

Se trata de una exposición sobre la trata de seres humanos y contará con tres sedes en las parroquias de San José, Santa Catalina y Santa María. Podrá verse hasta el 27 de enero.



4

«Que los que vengan como turistas alcancen un espíritu de peregrinos»

(7 enero 2021)

Francisco Martínez Ruana, profesor jubilado, es uno de los cien voluntarios que la diócesis ha preparado para acoger a los peregrinos que se acerquen a la Catedral con motivo del Año Jubilar.



5

La pandemia obliga a repensar la fase final de la Asamblea Diocesana

(9 enero 2021)

El arzobispo se reunió con miembros de la secretaría, la comisión teológico-pastoral y la permanente del Consejo Diocesano de Pastoral para valorar el futuro inmediato de la Asamblea.



6

Religión católica: ¿Fuera de la escuela?

(10 enero 2021)

La Ley Orgánica de Modificación de Ley Orgánica de Educación, la «ley Celaá», entrará en vigor el próximo 19 de enero, dejando la clase de Religión sin contar para la nota media y sin alternativa.



7

Dignidad y futuro para los menores inmigrantes

(12 enero 2021)

El primer Círculo de Silencio del año centró su atención en los menores no acompañados, un colectivo que se estima alcance más de 12.000 personas.



8

Nace el Centro Diocesano de Escucha San Camilo

(13 enero 2021)

Se trata de un servicio gratuito y abierto a toda la sociedad burgalesa que tiene como objetivo ayudar a las personas que están pasando por una situación de sufrimiento o crisis.



9

La exposición ‘Sementera de esperanza’ culmina en el Seminario su periplo por la diócesis

(14 enero 2021)

La muestra se ubica en el mismo lugar donde, hace justo un siglo, la diócesis rindió tributo a la Catedral con motivo de su 700 cumpleaños.



10

La cultura del cuidado, tema del Aula de Doctrina Social de la Iglesia de Aranda

(15 enero 2021)

Tuvo lugar el pasado 18 de enero y giró en torno al último mensaje del papa Francisco con motivo de la Jornada Mundial de la Paz.



11

Nuevas limitaciones en la Región para evitar la expansión del coronavirus

(15 enero 2021)

Los aforos en las iglesias se restringen a 1/3, no pudiéndose superar las 25 personas. La Junta mantiene su intención de adelantar el toque de queda a las 20:00 horas pese a la oposición de Sanidad.



Comunicado de los Arzobispos y Obispos de las Diócesis de Castilla y León ante las nuevas restricciones impuestas por la Junta

(16 enero 2021)

Los Arzobispos y Obispos de las once Diócesis de Castilla y León ante las medidas publicadas en el BOCYL del 16 de enero de 2021 quieren expresar a los miembros de sus respectivas comunidades diocesanas y a la sociedad castellanoleonesa lo siguiente:



- 1º. Somos conscientes del grave momento sanitario que vive nuestra Comunidad autónoma a causa de la pandemia COVID-19. La situación nos exige a todos una gran responsabilidad y cuidar las medidas preventivas e higiénicas que impidan la expansión de la enfermedad.

- 2º. En todos estos meses de pandemia las once diócesis, en sus miles de parroquias y comunidades, hemos aplicado las indicaciones sanitarias y aceptado la limitación de aforos y actividades. El trabajo realizado por las diversas comunidades de nuestras respectivas diócesis ha sido grande, como también enorme el esfuerzo de Cáritas y otras organizaciones eclesiales para prestar ayuda en estos meses tan difíciles.
- 3º. Aceptamos que en la actual situación haya que hacer un esfuerzo mayor para evitar los contagios y evitar el colapso de nuestro sistema sanitario.
- 4º. No nos parece razonado ni aceptable que el criterio de ese mayor esfuerzo sea una limitación de aforo expresada en términos absolutos –máximo de 25 personas por templo– cuando la superficie y volumen de los miles de templos, ermitas y capillas que hay en Castilla y León es muy diversa. Creemos que el criterio proporcional que se ha seguido en toda España durante las diversas fases de la pandemia puede considerarse más ecuánime.
- 5º. El criterio del numerus clausus es además injusto por desproporcionado, ya que impide el ejercicio del derecho fundamental de la libertad de culto (art. 16, 1º de nuestra Constitución) a personas que podrían ejercerlo en tantos de nuestros templos que, aun con estricta limitación proporcional de aforo, podrían acoger a más de 25 participantes sin poner en riesgo la salud propia y ajena.
- 6º. Hemos hecho llegar a los responsables políticos nuestra firme oposición al criterio de numerus clausus, en la esperanza de que nuestras razones fueran escuchadas a ejemplo de lo ocurrido en otras Comunidades autónomas que, habiendo establecido numerus clausus, rectificaron y volvieron al criterio proporcional aplicado de manera general en los diversos aforos.
- 7º. Pedimos al Gobierno de CyL que suprima el numerus clausus de 25 personas y permanezca la limitación proporcional y razonada de aforos en templos, como en el resto de CC.AA. Al mismo tiempo, manifestamos nuestro compromiso de seguir instando al pueblo cristiano a poner en práctica las medidas acordadas por las autoridades para prevenir los contagios.
- 8º. Si reivindicamos el derecho del pueblo cristiano a participar en la Eucaristía es porque estamos convencidos de que la celebración de la Pascua dominical es fuente del amor y de la esperanza que nuestra sociedad necesita especialmente en esta hora.

16 de enero de 2021

✠ RICARDO BLÁZQUEZ, Cardenal Arzobispo de Valladolid
✠ MARIO ICETA, Arzobispo de Burgos
✠ CARLOS LÓPEZ, Obispo de Salamanca

- ✠ CÉSAR FRANCO, Obispo de Segovia
- ✠ JOSÉ M^a GIL, Obispo de Ávila
- ✠ JESÚS G. BURILLO, Administrador apostólico de Ciudad Rodrigo
- ✠ FERNANDO VALERA, Obispo de Zamora
- ✠ MANUEL HERRERO, Obispo de Palencia
- ✠ ABILIO MARTÍNEZ, Obispo de Osma-Soria
- ✠ JESÚS FERNÁNDEZ, Obispo de Astorga
- ✠ LUIS ÁNGEL DE LAS HERAS, Obispo de León
- ✠ LUIS J. ARGÜELLO, Obispo auxiliar de Valladolid

13

Don Mario Iceta preside su primer claustro en la Facultad de Teología

(19 enero 2021)

El arzobispo visitó el centro académico e invitó a sus profesores a «formar pastores en clave de liderazgo».



14

Recuperan el artesanado de la iglesia de San Nicolás de Bari de Sinovas

(20 enero 2021)

Con una inversión superior a los 371.028, la Junta de Castilla y León ha intervenido también en el retablo, yeserías de la escalera y el púlpito.



15

Voluntared oferta un curso de monitor de jóvenes con necesidades educativas especiales

21 enero 2021)

El curso, de 100 horas de duración, desarrollará su fase presencial del 1 al 5 de febrero en horario de 16:00 a 20:00 horas.



16

Cáritas presta acogida a menores con padres enfermos por Covid

(23 enero 2021)

El centro San José proporcionará alojamiento, alimentación y recursos educativos y sanitarios a los menores que carezcan de una red familiar que pueda acogerlos.



17

La vida en la Cartuja: Silencio, oración... y Dios

(24 enero 2021)

El prior de la Cartuja de Miraflores, fray Pedro María Iglesias, nos abrió las puertas del cenobio para descubrirnos los secretos de este especial estilo de vida consagrada.



18

Una intensa agenda permite al arzobispo conocer paulatinamente la diócesis

(25 enero 2021)

Don Mario Iceta presidió una eucaristía en Melgar de Fernamental y por la tarde mantuvo una reunión con los sacerdotes más jóvenes del presbiterio diocesano.



19

Los encuentros diocesanos conquistan internet

(25 enero 2021)

Pastoral Obrera celebrará su encuentro diocesano a través de la red, un formato que también han escogido las delegaciones de Pastoral Vocacional, Catequesis y Misiones para su tradicional «VEM».



20

Burgos celebra a su patrón, el abad san Lesmes, a través de la pantalla

(26 enero 2021)

Ante las limitaciones de aforo, el Ayuntamiento de la capital retransmitirá la misa presidida por el arzobispo este domingo a través de su canal de YouTube.



21

Los monjes de Silos, confinados por un brote de Covid

(26 enero 2021)

«La situación es delicada» y los religiosos suspenden su rezo conjunto. En el Seminario de San José también se ha detectado un brote y seminaristas y formadores guardan cuarentena en sus habitaciones.



Conferencia Episcopal

I

DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es

II

MONS. ANTONIO GÓMEZ CANTERO, NOMBRADO OBISPO COADJUTOR DE ALMERÍA



La Santa Sede ha hecho público a las 12.00 h. de hoy, viernes 8 de enero de 2021, que el papa Francisco ha nombrado a Mons. Antonio Gómez Cantero obispo coadjutor de Almería. Así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española. Mons. Gómez Cantero es actualmente obispo de Teruel y Albarraicín.

La Santa Sede responde así a la petición del obispo de Almería, Mons.

Adolfo González Montes, de contar en la diócesis con un obispo coadjutor.

Según indica el código de derecho canónico, el obispo coadjutor pasa inmediatamente a ser obispo de la diócesis para la que fue nombrado cuando esta quede vacante. También determina que ha de ser nombrado vicario general por el obispo diocesano.

Mons. Antonio Gómez Cantero nació en Quijas (Cantabria) el 31 de mayo de 1956. Cursó estudios de bachillerato en el seminario menor de Carrión de los Condes y eclesiásticos en el seminario mayor de San José de Palencia. Fue ordenado sacerdote el 17 de mayo de 1981. Obtuvo la licenciatura en Teología Sistemática-Bíblica en el Instituto Católico de París, en 1995.

El 17 de noviembre de 2016 el papa Francisco hace público su nombramiento como obispo de Teruel y Albarraicín. Recibió la ordenación episcopal el 21 de enero de 2017.

En el momento de su nombramiento episcopal era vicario general y moderador de curia (2008-2017) de la diócesis de Palencia, de la que fue administrador diocesano del 8 de mayo de 2015 hasta el 18 de junio de 2016.

En la Conferencia Episcopal Española es miembro de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales desde marzo de 2020 y Con-siliario de la Acción Católica Española desde octubre de 2018.

III

MENSAJE DE LA COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA

LA VIDA CONSAGRADA, PARÁBOLA DE FRATERNIDAD EN UN MUNDO HERIDO

La historia de la vida consagrada se cuenta por sus siglos, sus personas y sus frutos: desde su nacimiento hasta hoy, el suyo es un caudal ininterumpido de vida y esperanza para el mundo. Así lo experimentamos cada día cuando somos capaces de descubrir la presencia sencilla de las personas consagradas en la Iglesia y en la sociedad, fermento de Cristo en la masa de la humanidad. Y así lo recordamos con gratitud y compromiso cada 2 de febrero, fiesta de la Presentación de Jesús en el templo. Especialmente desde 1995, año en que san Juan Pablo II instituyó la Jornada de la Vida Consagrada con estas palabras:

La celebración de la Jornada de la Vida consagrada, que tendrá lugar por primera vez el próximo 2 de febrero, quiere ayudar a toda la Iglesia a valorar cada vez más el testimonio de quienes han elegido seguir a Cristo de cerca mediante la práctica de los consejos evangélicos y, al mismo tiempo, quiere ser para las personas consagradas una ocasión propicia para renovar los propósitos y reavivar los sentimientos que deben inspirar su entrega al Señor (...).

A las personas consagradas, pues, quisiera repetir la invitación a mirar el futuro con esperanza, contando con la fidelidad de Dios y el poder de su gracia, capaz de obrar siempre nuevas maravillas: «¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas» (Vita consecrata, n. 110)¹.

¹ Juan Pablo II, Mensaje para la primera Jornada de la Vida Consagrada (2.II. 1995), n. 1.

Rememoramos hoy estos párrafos iniciales del papa en su Mensaje para aquel 2 de febrero porque este año alcanzamos una fecha redonda: veinticinco años de celebración agradecida de la Jornada de la Vida Consagrada. Una fecha que nos permite echar la vista atrás para presentar junto al Señor en el templo todo lo que hemos trabajado, orado, sufrido y esperado durante este tiempo en medio de los hombres y mujeres de nuestro mundo. Una fecha que nos impulsa asimismo a emprender un nuevo tramo del camino, sabiendo que seguimos llevando las candelas del Resucitado; lámparas de fuego capaces de alumbrar cualquier oscuridad, cualquier incertidumbre.

En consonancia con la sensibilidad y el magisterio eclesial de nuestros días, la XXV Jornada de la Vida Consagrada lleva por lema «La vida consagrada, parábola de fraternidad en un mundo herido». De un modo sencillo, el lema se hace eco, por un lado, de la condición lligada del ser humano y de la creación entera, en la que todos nos sentimos reconocidos y espoleados; por otro lado, evoca la vocación y misión de las personas consagradas en la Iglesia y en la sociedad, como signo visible de la verdad última del Evangelio, de la llamada perenne de Jesucristo y de la cercanía del Padre para con cada ser humano.

Todo ello bajo la luz de la parábola del buen samaritano, un icono bellissimo que el papa Francisco ha querido visitar y compartir en su última encíclica, *Fratelli tutti*, proponiéndolo como faro y horizonte para toda la familia eclesial y humana, para todos aquellos que queremos bregar unidos y animosos al soplo del Espíritu de Cristo, aun en medio de tormentas desconocidas e inesperadas.

Dentro de esta barca samaritana que cruza los mares del siglo XXI, reman con singular ahínco consagrados de toda edad, procedencia, carisma y misión. Por ello, las palabras del papa resuenan hoy con un eco propio para las personas, comunidades y obras que viven y llevan adelante en medio del mundo una especial consagración:

Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: «He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. (...) Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! (...) Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos»². Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne

² Discurso en el encuentro ecuménico e interreligioso con los jóvenes, Skopje (7.V.2019).

humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos»³.

Que vivimos «en un mundo herido» es una realidad constatable en todos los pueblos y en todas las etapas de la historia. Las «tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren»⁴, recogidas por el Concilio Vaticano II en el inolvidable y vibrante comienzo de *Gaudium et spes*, son en realidad tristezas y angustias de hoy y de siempre.

En gran parte de nuestro planeta, la herida supura sin descanso, noche y día, más allá o más acá de los vaivenes de la política, la economía, la vida social, etc. Cómo olvidar atropellos y sufrimientos que ya se han vuelto crónicos, muchas veces gracias a la convivencia, el silencio, el olvido y la indolencia de cuantos vivimos alejados de quienes los padecen. El hambre, la indigencia, la guerra, la persecución o la explotación no son cosa del pasado: siguen teniendo rostro concreto en tantos que están apaleados al borde de los caminos, por más que muchos pasemos de largo, apremiados por tantas urgencias que no lo son tanto, como vamos descubriendo aún sin remediarlo.

A estos rostros que quizá ya no nos sobrecogen como deberían se unen hoy otros que experimentan nuevas formas de injusticia, aflicción y desesperanza: los afectados por la pandemia de la COVID-19, que se está cebando con los enfermos, los mayores y los más vulnerables; las víctimas de la degradación acelerada del planeta y de las catástrofes naturales, cada vez más violentas; los inmigrantes y refugiados, que huyen por miles del horror y no terminan de encontrar comprensión y cobijo en nuestras posadas; las familias rotas y enfrentadas, devastadas por la incomunicación y sacudidas por la violencia; las personas que han sido abusadas y violentadas en su dignidad y en sus derechos fundamentales, también por quienes deberían haberlas protegido y defendido con mayor celo; las nuevas generaciones y los parados de todas las edades, que se ven desmoralizados e inermes en la búsqueda de una oportunidad o un trabajo que nunca llega, y un sinfín de seres humanos que sufren a nuestro lado.

En todos esos rostros descartados se miran y se sienten llamados los consagrados; en todas esas cunetas de nuestra sociedad encuentran a Cristo sediento, maltratado, abusado, extranjero, encarcelado; en todos esos abismos de la humanidad se arrodillan y se entregan, haciéndose prójimos

³ Francisco, carta encíclica *Fratelli tutti*, sobre la fraternidad y la amistad social (3.X.2020), n. 8.

⁴ Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual (7.XII. 1965), n. 1.

de cada uno sin excepción. En su corazón misericordioso y misionero son parábola de la fraternidad humana.

Que la herida de este mundo no es definitiva ni será eterna también lo sabemos. La luz del Evangelio, que nos hermana como seres humanos en las llagas, también nos permite captar y cantar «los gozos y las esperanzas (...) de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren». No porque asumamos una visión ingenua de la vida, sino porque la vida de los que creemos queda transfigurada por las heridas del Crucificado-Resucitado.

Así, como san Pablo, podemos proclamar sin descanso: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo; él nos consuela en todas nuestras luchas, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios. Porque si es cierto que los sufrimientos de Cristo rebosan sobre nosotros, también por Cristo rebosa nuestro consuelo» (1 Cor 2, 3-5).

Quienes son consagrados por el Señor para portar sus marcas en medio del mundo conocen las luchas y los dolores de la existencia en carne propia y ajena. Aprenden en la escuela de Cristo cómo acoger con profundidad y generosidad la fragilidad del día a día y el cáliz de angustia de las horas más amargas: las suyas y las de todos. Oran, piden y alaban al Dios de los pobres, que se compadece de sus hijos y los levanta hacia la Vida que no acaba. Con no poco sacrificio y mucha fe, tejen historias de vida común, paciencia y perdón allí donde otros siembran dispersión, furia y rencor; ensayan proyectos de misión compartida y fecunda allí donde otros prefieren trazar fronteras, abrir zanjas o levantar muros; procuran buscar y obedecer con libertad al Señor, que muestra el Camino, allí donde otros se abandonan a un individualismo ciego y desnortado; se atreven a elegir con alegría la pobreza y la sencillez del Señor, que encarna la Verdad, allí donde otros cabalgan a lomos del desenfreno y la avidez; sueñan con abrazar cabalmente el amor del Señor, que ensancha la Vida, allí donde otros se dejan arrastrar por la frivolidad y el orgullo. En su corazón contemplativo y profético son parábola de la fraternidad divina.

Fraternidad divina que es humana; fraternidad humana que es divina. Esta es la entraña parabólica de los hombres y mujeres que, en medio de innumerables desafíos, al borde del camino o en la posada, en el rincón más inhóspito de una barriada cualquiera o en el coro más bello de cualquier monasterio, se convierten en aceite y vino para las heridas del mundo, vendaje y hogar de la salud de Dios. Demos gracias a Dios por ellos y con ellos, tejedores de lazos samaritanos hacia dentro y hacia fuera. Y en ellos y con ellos escuchemos una vez más la voz de Jesucristo, Buen Samaritano, que nos envía: «Anda, entonces, y haz tú lo mismo» (Le 10, 37).

IV

EL SACERDOTE FRANCISCO JOSÉ PRIETO, NOMBRADO OBISPO AUXILIAR DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



El papa Francisco ha nombrado al sacerdote diocesano Francisco José Prieto Fernández obispo auxiliar de Santiago de Compostela. Francisco José Prieto Fernández es, en la actualidad, vicario episcopal para la Nueva Evangelización de la diócesis de Ourense. El nombramiento se ha hecho público hoy, jueves 28 de enero de 2021, a las 12.00 h. y así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española.

Francisco José Prieto Fernández nació en Ourense el 18 de agosto de 1968. Cursó estudios eclesiásticos en el Instituto Teológico “Divino Maestro” de Ourense, centro afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca (1986-1992) y fue ordenado sacerdote el 26 de junio de 1993.

Es licenciado en Teología Patrística por la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana de Roma (1992-1994) y doctor en Teología Bíblica por la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca (2008).

Vicario episcopal para la Nueva Evangelización desde 2012

Su ministerio pastoral lo ha desarrollado en la diócesis de Ourense. Allí es, en la actualidad, capellán del monasterio de San José (Clarisas) (desde 2004) y vicario episcopal para la Nueva Evangelización de Ourense (desde 2012).

Esta actividad pastoral la ha compaginado con la docencia en el Instituto Teológico “Divino Maestro” de Ourense como profesor de Patrología y Orígenes del Cristianismo (desde el curso 1995-1996); de Metodología Científica (desde el curso 2007-2008); de Cristología (desde el curso 2009-2010) y de Mariología (desde el curso 2018-2019). Es profesor invitado en el Instituto Teológico Compostelano (desde el curso 2017-2018) y director del Centro de Ciencias Religiosas San Martín en Ourense, sección

del Instituto Superior Compostelano de Ciencias Religiosas. Formación Permanente del Clero de la diócesis de Ourense (desde el año 1995).

Miembro de la Asociación Bíblica Española (desde 2002) y de la Comisión Teológica Asesora de la Conferencia Episcopal Española (desde 2013), es secretario del consejo de redacción de la revista Auriensia, publicación del Instituto Teológico “Divino Maestro” (desde 1998).

Anteriormente ha desempeñado los siguientes cargos pastorales: vicario parroquial de la parroquia de Santa Teresita (1994-1995); formador del seminario menor (1995-1996); administrador parroquial de Chaguazoso, Manzalvos, Cádavos y Castromil (1996-1997), de Vilar das Tres (1997-2001) y de Carballada (O Reino), Torrezuela, Corna y Coiras (2008-2009), además de vicario parroquial de San Pío X (2009).

V

FALLECE MONS. JUAN DEL RÍO, ARZOBISPO CASTRENSE Y PRESIDENTE DE LA DE LA CECS



Monseñor Juan del Río Martín, arzobispo Castrense de España y presidente de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales (CECS) ha fallecido esta mañana, sobre las 11 horas, a la edad de 73 años, en el Hospital Central de la Defensa “Gómez Ulla” como consecuencia de las afecciones provocadas por el coronavirus COVID-19.

Mons. Juan del Río era arzobispo castrense desde septiembre de 2008 y presidente de la CECS desde marzo de 2020.

Mons. Juan del Río Martín nació el 14 de octubre de 1947 en Ayamonte (Huelva). Fue ordenado sacerdote en el seminario menor de Pilas (Sevilla) el 2 de febrero de 1974.

Nombrado obispo de Jerez de la Frontera el 29 de junio de 2000, fue ordenado en la catedral de Jerez de la Frontera el 23 de septiembre. El 30 de junio de 2008, recibe el nombramiento de Arzobispo Castrense de España y Administrador Apostólico de Asidonia-Jerez. Toma posesión como Arzobispo Castrense el 27 de septiembre de 2008. El 22 de abril de 2009 es nombrado miembro del Comité Ejecutivo de la CEE y el 1 de junio de 2009 del Consejo Central de los Ordinarios Militares.

El 30 de junio de 2008 recibe el nombramiento de Arzobispo Castrense de España. Tomó posesión el 27 de septiembre del mismo año. El 1 de junio de 2009 fue nombrado miembro del Consejo Central de los Ordinarios Militares.

Otros datos de interés

En la Conferencia Episcopal Española es presidente de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales desde marzo de 2020. Además es miembro de la Comisión Permanente de la CEE.

Ha sido miembro del Consejo de Economía y de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social de 2017 a 2020. Ya había sido miembro de esta Comisión de 2002 a 2005 y su Presidente de 2005 a 2009, año en que fue elegido miembro del Comité Ejecutivo, cargo que desempeñó hasta marzo de 2017.

El 20 de octubre de 2011, en la CCXXI reunión de la Comisión Permanente, fue nombrado miembro de la «Junta San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia».

Congregación para el Culto Divino y los Sacramentos

NOTA DE LA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO

Modificado el rito del Miércoles de Ceniza en tiempo de pandemia



Para poder respetar las medidas sanitarias de seguridad y evitar el contagio del COVID-19, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha modificado el rito del Miércoles de Ceniza adaptándose a este tiempo de pandemia.

Tal como se lee en la nota difundida por la Congregación, “pronunciada la oración de bendición de las cenizas y después de asperjarlas, sin decir nada, con el agua bendita, el sacerdote se dirigirá a los presentes, diciendo una sola vez y para todos los fieles, la fórmula del Misal Romano: «Convertíos y creed en el Evangelio», o bien: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás».

Después, el sacerdote se limpiará las manos y se pondrá la mascarilla para proteger la nariz y la boca. Posteriormente, impondrá la ceniza a cuantos se acercan a él o, si es oportuno, se acercará a los fieles que estén de pie, permaneciendo en su lugar. Asimismo, el sacerdote tomará la ceniza y la dejará caer sobre la cabeza de cada uno, sin decir nada”.

La nota fue firmada en la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, el 12 de enero de 2021 por el cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos desde 2014 y Monseñor Arthur Roche, Arzobispo Secretario.

Santo Padre



I

**DIRECCIÓN EN INTERNET:
w2.vatican.va**

II

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS LIV JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

(Basílica de San Pedro, 1-1-2021)

*[Homilía del Santo Padre,
leída por Su Eminencia el Cardenal Pietro Parolin]*

Las lecturas de la liturgia de hoy resaltan tres verbos, que se cumplen en la Madre de Dios: bendecir, nacer y encontrar.

Bendecir. En el Libro de los Números el Señor pide que los ministros sagrados bendigan a su pueblo: «Bendeciréis a los hijos de Israel: “El Señor te bendiga”» (6,23-24). No es una exhortación piadosa, sino una petición concreta. Y es importante que también hoy los sacerdotes bendigan al Pueblo de Dios, sin cansarse; y que además todos los fieles sean portadores de bendición, que bendigan. El Señor sabe que necesitamos ser bendecidos: lo primero que hizo después de la creación fue *decir bien* de cada cosa y decir muy bien de nosotros. Pero ahora, con el Hijo de Dios, no recibimos sólo palabras de bendición, sino la misma bendición: Jesús es la bendición del Padre. En Él el Padre, dice san Pablo, nos bendice «con toda clase de bendiciones» (Ef 1,3). Cada vez que abrimos el corazón a Jesús, la bendición de Dios entra en nuestra vida.

Hoy celebramos al Hijo de Dios, el Bendito por naturaleza, que viene a nosotros a través de la Madre, la bendita por gracia. María nos trae de ese modo la bendición de Dios. Donde está ella llega Jesús. Por eso necesitamos acogerla, como santa Isabel, que la hizo entrar en su casa, inmediatamente reconoció la bendición y dijo: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» (Lc 1,42). Son las palabras que repetimos en el Avemaría. Acogiendo a María somos bendecidos, pero también aprendemos a bendecir. La Virgen, de hecho, enseña que la bendición se recibe para darla. Ella, la bendita, fue bendición para todos los que la encontraron: para Isabel, para los esposos de Caná, para los Apóstoles en el Cenáculo... También nosotros estamos llamados a bendecir, a decir bien en nombre de Dios. El mundo está gravemente contaminado por el decir mal y por el pensar mal de los demás, de la sociedad, de sí mismos. Pero la maldición corrompe, hace que todo degenera, mientras que la bendición regenera, da fuerza para comenzar de nuevo cada día. Pidamos a la Madre de Dios la gracia de ser para los demás portadores gozosos de la bendición de Dios, como ella lo es para nosotros.

El segundo verbo es *nacer*. San Pablo remarca que el Hijo de Dios ha «nacido de una mujer» (Gal 4,4). En pocas palabras nos dice una cosa maravillosa: que el Señor nació como nosotros. No apareció ya adulto, sino niño; no vino al mundo él solo, sino de una mujer, después de nueve meses en el seno de la Madre, a quien dejó que formara su propia humanidad. El corazón del Señor comenzó a latir en María, el Dios de la vida tomó el oxígeno de ella. Desde entonces María nos une a Dios, porque *en ella* Dios se unió a nuestra carne para siempre. María –le gustaba decir a san Francisco– «ha convertido en hermano nuestro al Señor de la majestad» (San Buenaventura, *Legenda major*, 9,3). Ella no es sólo el puente entre Dios y nosotros, es más todavía: es el camino que Dios ha recorrido para llegar a nosotros y es la senda que debemos recorrer nosotros para llegar a Él. A través de María encontramos a Dios como Él quiere: en la ternura, en la intimidad, en la carne. Sí, porque Jesús no es una idea abstracta, es concreto, encarnado, nació de mujer y creció pacientemente. Las mujeres conocen esta concreción paciente, nosotros los hombres somos frecuentemente más abstractos y queremos las cosas inmediatamente; las mujeres son concretas y saben tejer con paciencia los hilos de la vida. Cuántas mujeres, cuántas madres de este modo hacen nacer y renacer la vida, dando un porvenir al mundo.

No estamos en el mundo para morir, sino para generar vida. La Santa Madre de Dios nos enseña que el primer paso para dar vida a lo que nos rodea es amarlo en nuestro interior. Ella, dice hoy el Evangelio, “conservaba todo en su corazón” (cf. Lc 2,19). Y es del corazón que nace el bien: qué importante es tener limpio el corazón, custodiar la vida interior, la oración. Qué importante es *educar el corazón al cuidado*, a *valorar* a las

personas y las cosas. Todo comienza ahí, del hacerse cargo de los demás, del mundo, de la creación. No sirve conocer muchas personas y muchas cosas si no nos ocupamos de ellas. Este año, mientras esperamos una recuperación y nuevos tratamientos, no dejemos de lado el cuidado. Porque, además de la vacuna para el cuerpo se necesita la vacuna para el corazón: y esta vacuna es el cuidado. Será un buen año si cuidamos a los otros, como hace la Virgen con nosotros.

El tercer verbo es *encontrar*. El Evangelio nos dice que los pastores «encontraron a María y a José, y al Niño» (v. 16). No encontraron signos prodigiosos y espectaculares, sino una familia sencilla. Allí, sin embargo, encontraron verdaderamente a Dios, que es grandeza en lo pequeño, fortaleza en la ternura. Pero, ¿cómo hicieron los pastores para encontrar este signo tan poco llamativo? Fueron llamados por un ángel. Tampoco nosotros habríamos encontrado a Dios si no hubiésemos sido llamados por gracia. No podíamos imaginar un Dios semejante, que nace de una mujer y revoluciona la historia con la ternura, pero por gracia lo hemos encontrado. Y hemos descubierto que su perdón nos hace renacer, que su consuelo enciende la esperanza, y su presencia da una alegría incontenible. Lo hemos encontrado, pero no debemos perderlo de vista. El Señor, de hecho, no se encuentra una vez para siempre: sino que hemos de encontrarlo cada día. Por eso el Evangelio describe a los pastores siempre en búsqueda, en movimiento: “fueron corriendo, encontraron, contaron, se volvieron dando gloria y alabanza a Dios” (cf. vv. 16-17.20). No eran pasivos, porque para acoger la gracia es necesario mantenerse activos.

Y nosotros, ¿qué debemos encontrar al inicio de este año? Sería hermoso *encontrar tiempo para alguien*. El tiempo es una riqueza que todos tenemos, pero de la que somos celosos, porque queremos usarla sólo para nosotros. Hemos de pedir la gracia de encontrar tiempo: tiempo para Dios y para el prójimo: para el que está solo, para el que sufre, para el que necesita ser escuchado y cuidado. Si encontramos tiempo para regalar, nos sorprenderemos y seremos felices, como los pastores. Que la Virgen, que ha llevado a Dios en el tiempo, nos ayude a dar nuestro tiempo. Santa Madre de Dios, a ti te consagramos el nuevo año. Tú, que sabes custodiar en el corazón, cuídanos. Bendice nuestro tiempo y enséñanos a encontrar tiempo para Dios y para los demás. Nosotros con alegría y confianza te aclamamos: ¡Santa Madre de Dios! Y que así sea.

III

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

(Basílica de San Pedro, 6-1-2021)

El evangelista Mateo subraya que los magos, cuando llegaron a Belén, «vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas *lo adoraron*» (Mt 2,11). Adorar al Señor no es fácil, no es un hecho inmediato: exige una cierta madurez espiritual, y es el punto de llegada de un camino interior, a veces largo. La actitud de adorar a Dios no es espontánea en nosotros. Sí, el ser humano necesita adorar, pero corre el riesgo de equivocarse el objetivo. En efecto, si no adora a Dios adorará a los ídolos no existe un punto intermedio, o Dios o los ídolos; o diciéndolo con una frase de un escritor francés: “Quien no adora a Dios, adora al diablo” (Léon Bloy) , y en vez de creyente se volverá idólatra. Y es así, *aut aut*.

En nuestra época es particularmente necesario que, tanto individual como comunitariamente, dediquemos más tiempo a la adoración, aprendiendo a contemplar al Señor cada vez mejor. Se ha perdido un poco el sentido de la oración de adoración, debemos recuperarlo, ya sea comunitariamente como también en la propia vida espiritual. Hoy, por lo tanto, pongámonos en la escuela de los magos, para aprender de ellos algunas enseñanzas útiles: como ellos, queremos ponernos de rodillas y adorar al Señor. Adorarlo en serio, no como dijo Herodes: “Avísenme dónde se encuentra para que vaya a adorarlo”. No, este tipo de adoración no funciona. De verdad.

De la liturgia de la Palabra de hoy entresacamos tres expresiones, que pueden ayudarnos a comprender mejor lo que significa ser adoradores del Señor. Estas expresiones son: “levantar la vista”, “ponerse en camino” y “ver”. Estas tres expresiones nos ayudarán a entender qué significa ser adoradores del Señor.

La primera expresión, *levantar la vista*, nos la ofrece el profeta Isaías. A la comunidad de Jerusalén, que acababa de volver del exilio y estaba abatida a causa de tantas dificultades, el profeta les dirige este fuerte llamado: «Levanta la vista en torno, mira» (60,4). Es una invitación a dejar de lado el cansancio y las quejas, a salir de las limitaciones de una perspectiva estrecha, a liberarse de la dictadura del propio yo, siempre inclinado a replegarse sobre sí mismo y sus propias preocupaciones. Para adorar al Señor es necesario ante todo “levantar la vista”, es decir, no dejarse atrapar por los fantasmas interiores que apagan la esperanza, y no hacer de los problemas y las dificultades el centro de nuestra existencia. Eso no significa que neguemos la realidad, fingiendo o creyendo que todo está bien. No. Se trata más bien de mirar de un modo nuevo los

problemas y las angustias, sabiendo que el Señor conoce nuestras situaciones difíciles, escucha atentamente nuestras súplicas y no es indiferente a las lágrimas que derramamos.

Esta mirada que, a pesar de las vicisitudes de la vida, permanece confiada en el Señor, genera la gratitud filial. Cuando esto sucede, el corazón se abre a la adoración. Por el contrario, cuando fijamos la atención exclusivamente en los problemas, rechazando alzar los ojos a Dios, el miedo invade el corazón y lo desorienta, dando lugar a la rabia, al desconcierto, a la angustia y a la depresión. En estas condiciones es difícil adorar al Señor. Si esto ocurre, es necesario tener la valentía de romper el círculo de nuestras conclusiones obvias, con la conciencia de que la realidad es más grande que nuestros pensamientos. *Levanta la vista en torno, mira:* el Señor nos invita sobre todo a confiar en Él, porque cuida realmente de todos. Por tanto, si Dios viste tan bien la hierba, que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿cuánto más hará por nosotros? (cf. *Lc 12,28*). Si alzamos la mirada hacia el Señor, y contemplamos la realidad a su luz, descubriremos que Él no nos abandona jamás: «el Verbo se hizo carne» (*Jn 1,14*) y permanece siempre con nosotros, todos los días (cf. *Mt 28,20*). Siempre.

Cuando elevamos los ojos a Dios, los problemas de la vida no desaparecen, no, pero sentimos que el Señor nos da la fuerza necesaria para afrontarlos. “Levantar la vista”, entonces, es el primer paso que nos dispone a la adoración. Se trata de la adoración del discípulo que ha descubierto en Dios una alegría nueva, una alegría distinta. La del mundo se basa en la posesión de bienes, en el éxito y en otras cosas por el estilo, siempre con el “yo” al centro. La alegría del discípulo de Cristo, en cambio, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, cuyas promesas nunca fallan, a pesar de las situaciones de crisis en las que podamos encontrarnos. Y es ahí, entonces, que la gratitud filial y la alegría suscitan el anhelo de adorar al Señor, que es fiel y nunca nos deja solos.

La segunda expresión que nos puede ayudar es *ponerse en camino*. Levantar la vista [la primera]; la segunda: ponerse en camino. Antes de poder adorar al Niño nacido en Belén, los magos tuvieron que hacer un largo viaje. Escribe Mateo: «Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: “¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”» (*Mt 2,1-2*). El viaje implica siempre una transformación, un cambio. Después del viaje ya no somos como antes. En el que ha realizado un camino siempre hay algo nuevo: sus conocimientos se han ampliado, ha visto personas y cosas nuevas, ha experimentado el fortalecimiento de su voluntad al enfrentar las dificultades y los riesgos del trayecto. No se llega a adorar al Señor sin pasar antes a través de la maduración interior que nos da el ponernos en camino.

Llegamos a ser adoradores del Señor mediante un camino gradual. La experiencia nos enseña, por ejemplo, que una persona con cincuenta años vive la adoración con un espíritu distinto respecto a cuando tenía treinta. Quien se deja modelar por la gracia, normalmente, con el pasar del tiempo, mejora. El hombre exterior se va desmoronando –dice san Pablo–, mientras el hombre interior se renueva día a día (cf. 2 Co 4,16), preparándose para adorar al Señor cada vez mejor. Desde este punto de vista, los fracasos, las crisis y los errores pueden ser experiencias instructivas, no es raro que sirvan para hacernos caer en la cuenta de que sólo el Señor es digno de ser adorado, porque solamente Él satisface el deseo de vida y eternidad presente en lo íntimo de cada persona. Además, con el paso del tiempo, las pruebas y las fatigas de la vida –vividas en la fe– contribuyen a purificar el corazón, a hacerlo más humilde y por tanto más dispuesto a abrirse a Dios. También los pecados, también la conciencia de ser pecadores, de descubrir cosas muy feas. “Sí, pero yo hice esto... cometí...” Si aceptas esto con fe y con arrepentimiento, con contrición, te ayudará a crecer. Dice Pablo que todo, todo, ayuda al crecimiento espiritual, al encuentro con Jesús; también los pecados, también. Y añade santo Tomás “*Etiam mortalia*”, aún los pecados más feos, los peores. Si tú lo afrontas con arrepentimiento, te ayudará en este viaje hacia el encuentro con el Señor y a adorarlo mejor.

Como los magos, también nosotros debemos dejarnos instruir por el camino de la vida, marcado por las inevitables dificultades del viaje. No permitamos que los cansancios, las caídas y los fracasos nos empujen hacia el desaliento. Por el contrario, reconociéndolos con humildad, nos deben servir para avanzar hacia el Señor Jesús. La vida no es una demostración de habilidades, sino un viaje hacia Aquel que nos ama. No tenemos que andar enseñando en cada momento de la vida nuestra credencial de virtudes. Con humildad, debemos dirigirnos hacia el Señor. Mirando al Señor, encontraremos la fuerza para seguir adelante con alegría renovada.

Y llegamos a la tercera expresión: *ver*. Levantar la vista, ponerse en camino, *ver*. El evangelista escribe: «Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2,11). La adoración era el homenaje reservado a los soberanos, a los grandes dignatarios. Los magos, en efecto, adoraron a Aquel que sabían que era el rey de los judíos (cf. Mt 2,2). Pero, de hecho, ¿qué fue lo que vieron? Vieron a un niño pobre con su madre. Y sin embargo estos sabios, llegados desde países lejanos, supieron trascender aquella escena tan humilde y corriente, reconociendo en aquel Niño la presencia de un soberano. Es decir, fueron capaces de “*ver*” más allá de la apariencia. Arrodillándose ante el Niño nacido en Belén, expresaron una adoración que era sobre todo interior: abrir los cofres que llevaban como regalo fue signo del ofrecimiento de sus corazones.

Para adorar al Señor es necesario “ver” más allá del velo de lo visible, que frecuentemente se revela engañoso. Herodes y los notables de Jerusalén representan la mundanidad, perennemente esclava de la apariencia. Ven pero no saben mirar no digo que no crean, sería demasiado pero no saben mirar porque su capacidad es esclava de la apariencia y en busca de entretenimiento. La mundanidad sólo da valor a las cosas sensoriales, a las cosas que llaman la atención de la masa. En cambio, en los magos vemos una actitud distinta, que podríamos definir como *realismo teológico* una palabra demasiado “alta”, pero podemos decir así, un realismo teológico. Este percibe con objetividad la realidad de las cosas, llegando finalmente a la comprensión de que Dios se aparta de cualquier ostentación. El Señor está en la humildad, el Señor es como aquel niño humilde, que huye de la ostentación, que es el resultado de la mundanidad. Este modo de “ver” que trasciende lo visible, hace que nosotros adoremos al Señor, a menudo escondido en las situaciones sencillas, en las personas humildes y marginales. Se trata pues de una mirada que, sin dejarse deslumbrar por los fuegos artificiales del exhibicionismo, busca en cada ocasión lo que no es fugaz, busca al Señor. Nosotros, por eso, como escribe el apóstol Pablo, «no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno» (2 Co 4,18).

Que el Señor Jesús nos haga verdaderos adoradores suyos, capaces de manifestar con la vida su designio de amor, que abraza a toda la humanidad. Pidamos para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia la gracia de aprender a adorar, de continuar adorando, de practicar mucho esta oración de adoración, porque sólo Dios debe ser adorado.

IV

CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE «MOTU PROPRIO»

SPIRITUS DOMINI

**SOBRE LA MODIFICACIÓN DEL CAN. 230 § 1
DEL CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO
ACERCA DEL ACCESO DE LAS PERSONAS DE SEXO FEMENINO
AL MINISTERIO INSTITUIDO DEL LECTORADO
Y DEL ACOLITADO**

El Espíritu del Señor Jesús, fuente perenne de la vida y misión de la Iglesia, distribuye a los miembros del Pueblo de Dios los dones que permiten a cada uno, de manera diferente, contribuir a la edificación de la Iglesia y al anuncio del Evangelio. Estos carismas, llamados *ministerios*

por ser reconocidos públicamente e instituidos por la Iglesia, se ponen a disposición de la comunidad y su misión de forma estable.

En algunos casos esta contribución ministerial tiene su origen en un sacramento específico, el Orden Sagrado. Otras tareas, a lo largo de la historia, han sido instituidas en la Iglesia y confiadas a través de un rito litúrgico no sacramental a los fieles, en virtud de una forma peculiar de ejercicio del sacerdocio bautismal, y en ayuda del ministerio específico de los obispos, sacerdotes y diáconos.

Siguiendo una venerable tradición, la recepción de los “ministerios laicales”, que san Pablo VI reguló en el Motu Proprio *Ministeria quaedam* (17 de agosto de 1972), precedía como preparación a la recepción del Sacramento del Orden, aunque tales ministerios se conferían a otros fieles idóneos de sexo masculino.

Algunas asambleas del Sínodo de los Obispos han evidenciado la necesidad de profundizar doctrinalmente en el tema, para que responda a la naturaleza de dichos carismas y a las necesidades de los tiempos, y ofrezca un apoyo oportuno al papel de la evangelización que atañe a la comunidad eclesial.

Aceptando estas recomendaciones, se ha llegado en los últimos años a una elaboración doctrinal que ha puesto de relieve cómo determinados ministerios instituidos por la Iglesia tengan como fundamento la condición común de ser bautizados y el sacerdocio real recibido en el sacramento del Bautismo; éstos son esencialmente distintos del ministerio ordenado recibido en el sacramento del Orden. En efecto, una práctica consolidada en la Iglesia latina ha confirmado también que estos ministerios laicos, al estar basados en el sacramento del Bautismo, pueden ser confiados a todos los fieles idóneos, sean de sexo masculino o femenino, según lo que ya está previsto implícitamente en el canon 230 § 2.

En consecuencia, después de haber escuchado el parecer de los Dicasterios competentes, he decidido proceder a la modificación del canon 230 § 1 del *Código de Derecho Canónico*. Por lo tanto, decreto que el canon 230 § 1 del *Código de Derecho Canónico* tenga en el futuro la siguiente redacción:

“Los laicos que tengan la edad y los dones determinados por decreto de la Conferencia Episcopal podrán ser asumidos establemente, mediante el rito litúrgico establecido, en los ministerios de lectores y acólitos; sin embargo, tal atribución no les da derecho al sustento ni a la remuneración por parte de la Iglesia”.

Dispongo también la modificación de los otros elementos, con fuerza de ley, que se refieren a este canon.

Lo deliberado por esta Carta Apostólica en forma de Motu Proprio, ordeno que tenga vigencia firme y estable, no obstante cualquier cosa contraria, aunque sea digna de mención especial, y que se promulgue mediante su publicación en *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el mismo día, y luego se publique en el comentario oficial de las *Acta Apostolicae Sedis*.

V

CARTA AL PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE SOBRE EL ACCESO DE LAS MUJERES A LOS MINISTERIOS DEL LECTORADO Y DEL ACOLITADO

*Al Venerable Hermano
Cardenal Luis F. Ladaria, S.I.,
Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe,*

El Espíritu Santo, vínculo de amor entre el Padre y el Hijo, construye y alimenta la comunión de todo el Pueblo de Dios, suscitando en él múltiples y diversos dones y carismas (cf. Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 117). Mediante los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, los miembros del Cuerpo de Cristo reciben del Espíritu del Señor Resucitado, en diverso grado y con diferentes expresiones, los dones que les permiten dar la contribución necesaria a la edificación de la Iglesia y al anuncio del Evangelio a toda criatura.

El apóstol Pablo distingue a este respecto entre dones de gracia-carismas (“charismata”) y servicios (“diakoniai” - “ministeria” [cf. *Rm* 12,4ss y *1 Cor* 12,12ss]). Según la tradición de la Iglesia, se denominan *ministerios* las diversas formas que adoptan los carismas cuando se reconocen públicamente y se ponen a disposición de la comunidad y de su misión de forma estable.

En algunos casos el ministerio tiene su origen en un sacramento específico, el Orden sagrado: se trata de los ministerios “ordenados” del obispo, el presbítero, el diácono. En otros casos el ministerio se confía, por un acto litúrgico del obispo, a una persona que ha recibido el Bautismo y la Confirmación y en la que se reconocen carismas específicos, después de un adecuado camino de preparación: hablamos entonces de ministerios “instituidos”. Muchos otros servicios u oficios eclesiales son ejercidos de hecho por tantos miembros de la comunidad, para el bien de la Iglesia, a menudo durante un largo período y con gran eficacia, sin que esté previsto ningún rito particular para conferir el oficio.

A lo largo de la historia, a medida que las situaciones eclesiales, sociales y culturales han ido cambiando, el ejercicio de los ministerios en la Iglesia Católica ha adoptado formas diferentes, mientras que permanecía intacta la distinción, no sólo de grado, entre los ministerios “instituidos” (o “laicos”) y los ministerios “ordenados”. Los primeros son expresiones particulares de la condición sacerdotal y real propia de todo bautizado (cf. 1 P 2, 9); los segundos son propios de algunos miembros del Pueblo de Dios que, como obispos y sacerdotes, «reciben la misión y la facultad de actuar en la persona de Cristo Cabeza» o, como diáconos, «son habilitados para servir al pueblo de Dios en la diacónía de la liturgia, de la palabra y de la caridad» (Benedicto XVI, Carta apostólica en forma de Motu Proprio *Omnia in mentem*, 26 de octubre de 2009). Para indicar esta distinción también se utilizan expresiones como *sacerdocio bautismal* y *sacerdocio ordenado* (o *ministerial*). En todo caso es bueno reiterar, con la constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, que «se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo» (LG, n. 10). La vida eclesial se nutre de esta referencia recíproca y se alimenta de la tensión fecunda entre estos dos polos del sacerdocio, el ministerial y el bautismal, que aunque son distintos están enraizados en el único sacerdocio de Cristo.

En línea con el Concilio Vaticano II, el sumo pontífice san Pablo VI quiso revisar la práctica de los ministerios no ordenados en la Iglesia Latina –hasta entonces llamados “órdenes menores”– adaptándola a las necesidades de los tiempos. Esta adaptación, sin embargo, no debe interpretarse como una superación de la doctrina anterior, sino como una actuación del dinamismo que caracteriza la naturaleza de la Iglesia, siempre llamada con la ayuda del Espíritu de Verdad a responder a los desafíos de cada época, en obediencia a la Revelación. La carta apostólica en forma de Motu Proprio *Ministeria quaedam* (15 de agosto de 1972) configura dos oficios (tareas), el del Lector y el del Acólito, el primero estrictamente ligado al ministerio de la Palabra, el segundo al ministerio del Altar, sin excluir que otros “oficios” puedan ser instituidos por la Santa Sede a petición de las Conferencias Episcopales.

La variación de las formas de ejercicio de los ministerios no ordenados, además, no es la simple consecuencia, en el plano sociológico, del deseo de adaptarse a las sensibilidades o a las culturas de las épocas y de los lugares, sino que está determinada por la necesidad de permitir a cada Iglesia local/particular, en comunión con todas las demás y teniendo como centro de unidad la Iglesia que está en Roma, vivir la acción litúrgica, el servicio de los pobres y el anuncio del Evangelio en fidelidad al mandato del Señor Jesucristo. Es tarea de los pastores de la Iglesia reconocer los dones de cada bautizado, dirigirlos también hacia ministerios específicos, promo-

verlos y coordinarlos, para que contribuyan al bien de las comunidades y a la misión confiada a todos los discípulos.

El compromiso de los fieles laicos, que «son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios» (Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 102), ciertamente no puede ni debe limitarse al ejercicio de los ministerios no ordenados (cf. Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 102), pero una mejor configuración de estos ministerios y una referencia más precisa a la responsabilidad que nace, para cada cristiano, del Bautismo y de la Confirmación, puede ayudar a la Iglesia a redescubrir el sentido de comunión que la caracteriza y a iniciar un renovado compromiso en la catequesis y en la celebración de la fe (cf. Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 102) Y es precisamente en este redescubrimiento que puede encontrar una mejor traducción la fecunda sinergia que surge de la ordenación mutua del sacerdocio ordenado y el sacerdocio bautismal. Esta reciprocidad, del servicio al sacramento del altar, está llamada a refluir, en la distinción de tareas, en ese servicio de “hacer de Cristo el corazón del mundo” que es la misión peculiar de toda la Iglesia. Precisamente este servicio al mundo, único aunque distinto, amplía los horizontes de la misión de la Iglesia, evitando que se encierre en lógicas estériles encaminadas sobre todo a reivindicar espacios de poder, y ayudándole a experimentarse a sí misma como una comunidad espiritual que «avanza juntamente con toda la humanidad y experimenta la suerte terrena del mundo» (GS, n. 40). En esta dinámica podemos entender verdaderamente el significado de la “Iglesia en salida”.

En el horizonte de renovación trazado por el Concilio Vaticano II, se siente cada vez más la urgencia de redescubrir la corresponsabilidad de todos los bautizados en la Iglesia, y de manera especial la misión de los laicos. La Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la Región Panamazónica (6-27 de octubre de 2019), en el quinto capítulo del documento final, señaló la necesidad de pensar en “nuevos caminos para la ministerialidad eclesial”. No sólo para la Iglesia amazónica, sino para toda la Iglesia, en la variedad de situaciones, “es urgente que se promuevan y se confieran ministerios para hombres y mujeres ... Es la Iglesia de hombres y mujeres bautizados que debemos consolidar promoviendo la ministerialidad y, sobre todo, la conciencia de la dignidad bautismal.” (*Documento Final*, n. 95).

A este respecto, es bien sabido que el Motu Proprio *Ministeria quaedam* reserva solo a los hombres la institución del ministerio de Lector y Acólito y, en consecuencia, así lo establece el canon 230 § 1 del CIC. Sin embargo, en los últimos tiempos y en muchos contextos eclesiales se ha señalado que la disolución de esa reserva podría contribuir a una mayor manifestación de la dignidad bautismal común de los miembros del Pueblo de Dios. Ya con ocasión de la XII Asamblea General Ordinaria del

Sínodo de los Obispos sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* (5-26 de octubre de 2008) los Padres sinodales expresaron el deseo de “que el ministerio del Lectorado se abra también a las mujeres” (cf. 17); y en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), Benedicto XVI precisaba que el ejercicio del *munus* de lector en la celebración litúrgica, y en particular el ministerio del Lectorado como tal, en el rito latino es un ministerio laical (cf. n. 58).

Durante siglos, la “venerable tradición de la Iglesia” ha considerado las llamadas “órdenes menores” –entre las que se encuentran precisamente el Lectorado y el Acolitado– como etapas de un itinerario que debía conducir a las “órdenes mayores” (Subdiaconado, Diaconado, Presbiterado). Como el sacramento de las órdenes estaba reservado sólo a los hombres, esto también se aplicaba a las órdenes menores.

Una distinción más clara entre las atribuciones de los que hoy se denominan “ministerios no ordenados (o laicales)” y “ministerios ordenados” permite disolver la reserva de los primeros sólo a los hombres. Si en lo que se refiere a los ministerios ordenados la Iglesia «no tiene en absoluto la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres» (cf. S. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Ordinatio sacerdotalis*, 22 de mayo de 1994), para los ministerios no ordenados es posible, y hoy parece oportuno, superar esta reserva. Esta reserva tenía sentido en un contexto particular, pero puede ser reconsiderada en nuevos contextos, teniendo siempre como criterio, sin embargo, la fidelidad al mandato de Cristo y la voluntad de vivir y proclamar el Evangelio transmitido por los apóstoles y confiado a la Iglesia para que sea religiosamente escuchado, santamente custodiado, fielmente anunciado.

No sin motivo, san Pablo VI se refiere a una tradición *venerabilis*, no a una tradición *veneranda*, en sentido estricto (es decir, una que “debe” ser observada): puede reconocerse como válida, y durante mucho tiempo lo ha sido; sin embargo, no tiene un carácter vinculante, ya que la reserva a los hombres no pertenece a la naturaleza propia de los ministerios del Lector y del Acólito. Ofrecer a los laicos de ambos sexos la posibilidad de acceder a los ministerios del Acolitado y del Lectorado en virtud de su participación en el sacerdocio bautismal, aumentará el reconocimiento, también a través de un acto litúrgico (institución), de la preciosa contribución que desde hace tiempo muchísimos laicos, también las mujeres, aportan a la vida y a la misión de la Iglesia.

Por estos motivos, he considerado oportuno establecer que se puedan instituir como Lectores o Acólitos no sólo hombres, sino también mujeres, en los cuales y en las cuales, mediante el discernimiento de los pastores y después de una adecuada preparación, la Iglesia reconoce «la firme voluntad de servir fielmente a Dios y al pueblo cristiano», como está escrito en

el Motu Proprio *Ministeria quaedam*, en virtud del sacramento del Bautismo y de la Confirmación.

La decisión de conferir también a las mujeres estos cargos, que implican estabilidad, reconocimiento público y un mandato del obispo, hace más efectiva en la Iglesia la participación de todos en la obra de evangelización. “Esto da lugar también a que las mujeres tengan una incidencia real y efectiva en la organización, en las decisiones más importantes y en la guía de las comunidades, pero sin dejar de hacerlo con el estilo propio de su impronta femenina.” (Francisco, Exhortación Apostólica *Querida Amazonia*, n.º 103). El “sacerdocio bautismal” y el “servicio a la comunidad” representan así los dos pilares en los que se basa la institución de los ministerios.

De este modo, además de responder a lo que se pide para la misión en el tiempo presente y de acoger el testimonio de muchísima mujeres que se han ocupado y siguen ocupándose del servicio a la Palabra y al Altar, se hará más evidente –también para quienes se encaminan hacia el ministerio ordenado– que los ministerios del Lectorado y del Acolitado están enraizados en el sacramento del Bautismo y de la Confirmación. De esta manera, en el camino que lleva a la ordenación diaconal y sacerdotal, los que han sido instituidos Lectores y Acólitos comprenderán mejor que participan en un ministerio compartido con otros bautizados, hombres y mujeres. Así, el sacerdocio propio de cada fiel (*communis sacerdotio*) y el sacerdocio de los ministros ordenados (*sacerdotium ministeriale seu hierarchicum*) se mostrarán aún más claramente ordenados entre sí (cf. *LG*, n. 10), para la edificación de la Iglesia y para el testimonio del Evangelio.

Corresponderá a las Conferencias Episcopales establecer criterios adecuados para el discernimiento y la preparación de los candidatos a los ministerios del Lectorado o del Acolitado, o a otros ministerios que consideren instituir, según lo dispuesto en el Motu Proprio *Ministeria quaedam*, con la aprobación previa de la Santa Sede y de acuerdo con las necesidades de la evangelización en su territorio.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos se encargará de la aplicación de la mencionada reforma mediante la modificación de la *Editio typica del Pontificale romanum* o “*De Institutione Lectorum et Acolythorum*”.

Renovándole la seguridad de mis oraciones, imparto de todo corazón la bendición apostólica a Su Eminencia, que de buen grado extendiendo a todos los miembros y colaboradores de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

VI

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO

***Uno solo es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos (Mt 23,8).
La relación de confianza, fundamento del cuidado del enfermo***

La celebración de la 29.^a Jornada Mundial del Enfermo, que tendrá lugar el 11 de febrero de 2021, memoria de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, es un momento propicio para brindar una atención especial a las personas enfermas y a quienes cuidan de ellas, tanto en los lugares destinados a su asistencia como en el seno de las familias y las comunidades. Pienso, en particular, en quienes sufren en todo el mundo los efectos de la pandemia del coronavirus. A todos, especialmente a los más pobres y marginados, les expreso mi cercanía espiritual, al mismo tiempo que les aseguro la solicitud y el afecto de la Iglesia.

1. El tema de esta Jornada se inspira en el pasaje evangélico en el que Jesús critica la hipocresía de quienes dicen, pero no hacen (cf. *Mt 23,1-12*). Cuando la fe se limita a ejercicios verbales estériles, sin involucrarse en la historia y las necesidades del prójimo, la coherencia entre el credo profesado y la vida real se debilita. El riesgo es grave; por este motivo, Jesús usa expresiones fuertes, para advertirnos del peligro de caer en la idolatría de nosotros mismos, y afirma: «*Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos*» (v. 8).

La crítica que Jesús dirige a quienes «dicen, pero no hacen» (v. 3) es beneficiosa, siempre y para todos, porque nadie es inmune al mal de la hipocresía, un mal muy grave, cuyo efecto es impedirnos florecer como hijos del único Padre, llamados a vivir una fraternidad universal.

Ante la condición de necesidad de un hermano o una hermana, Jesús nos muestra un modelo de comportamiento totalmente opuesto a la hipocresía. Propone detenerse, escuchar, establecer una relación directa y personal con el otro, sentir empatía y conmoción por él o por ella, dejarse involucrar en su sufrimiento hasta llegar a hacerse cargo de él por medio del servicio (cf. *Lc 10,30-35*).

2. La experiencia de la enfermedad hace que sintamos nuestra propia vulnerabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad innata del otro. Nuestra condición de criaturas se vuelve aún más nítida y experimentamos de modo evidente nuestra dependencia de Dios. Efectivamente, cuando estamos enfermos, la incertidumbre, el temor y a veces la consternación, se apoderan de la mente y del corazón; nos encontramos en una situación de impotencia, porque nuestra salud no depende de nuestras capacidades o de que nos “angustiemos” (cf. *Mt 6,27*).

La enfermedad impone una pregunta por el sentido, que en la fe se dirige a Dios; una pregunta que busca un nuevo significado y una nueva dirección para la existencia, y que a veces puede ser que no encuentre una respuesta inmediata. Nuestros mismos amigos y familiares no siempre pueden ayudarnos en esta búsqueda trabajosa.

A este respecto, la figura bíblica de Job es emblemática. Su mujer y sus amigos no son capaces de acompañarlo en su desventura, es más, lo acusan aumentando en él la soledad y el desconcierto. Job cae en un estado de abandono e incompreensión. Pero precisamente por medio de esta extrema fragilidad, rechazando toda hipocresía y eligiendo el camino de la sinceridad con Dios y con los demás, hace llegar su grito insistente a Dios, que al final responde, abriéndole un nuevo horizonte. Le confirma que su sufrimiento no es una condena o un castigo, tampoco es un estado de lejanía de Dios o un signo de su indiferencia. Así, del corazón herido y sanado de Job, brota esa conmovida declaración al Señor, que resuena con energía: «Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (42,5).

3. La enfermedad siempre tiene un rostro, incluso más de uno: tiene el rostro de cada enfermo y enferma, también de quienes se sienten ignorados, excluidos, víctimas de injusticias sociales que niegan sus derechos fundamentales (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 22). La pandemia actual ha sacado a la luz numerosas insuficiencias de los sistemas sanitarios y carencias en la atención de las personas enfermas. Los ancianos, los más débiles y vulnerables no siempre tienen garantizado el acceso a los tratamientos, y no siempre es de manera equitativa. Esto depende de las decisiones políticas, del modo de administrar los recursos y del compromiso de quienes ocupan cargos de responsabilidad. Invertir recursos en el cuidado y la atención a las personas enfermas es una prioridad vinculada a un principio: la salud es un bien común primario. Al mismo tiempo, la pandemia ha puesto también de relieve la entrega y la generosidad de agentes sanitarios, voluntarios, trabajadores y trabajadoras, sacerdotes, religiosos y religiosas que, con profesionalidad, abnegación, sentido de responsabilidad y amor al prójimo han ayudado, cuidado, consolado y servido a tantos enfermos y a sus familiares. Una multitud silenciosa de hombres y mujeres que han decidido mirar esos rostros, haciéndose cargo de las heridas de los pacientes, que sentían prójimos por el hecho de pertenecer a la misma familia humana.

La cercanía, de hecho, es un bálsamo muy valioso, que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad. Como cristianos, vivimos la proximidad como expresión del amor de Jesucristo, *el buen Samaritano*, que con compasión se ha hecho cercano a todo ser humano, herido por el pecado. Unidos a Él por la acción del Espíritu Santo, estamos llamados a ser misericordiosos como el Padre y a amar, en particular, a los hermanos enfermos, débiles y que sufren (cf. *Jn* 13,34-35). Y vivimos esta cercanía,

no sólo de manera personal, sino también de forma comunitaria: en efecto, el amor fraterno en Cristo genera una comunidad capaz de sanar, que no abandona a nadie, que incluye y acoge sobre todo a los más frágiles.

A este respecto, deseo recordar la importancia de la solidaridad fraterna, que se expresa de modo concreto en el servicio y que puede asumir formas muy diferentes, todas orientadas a sostener al prójimo. «Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo» (*Homilía en La Habana*, 20 septiembre 2015). En este compromiso cada uno es capaz de «dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas» (*ibíd.*).

4. Para que haya una buena terapia, es decisivo el aspecto relacional, mediante el que se puede adoptar un enfoque holístico hacia la persona enferma. Dar valor a este aspecto también ayuda a los médicos, los enfermeros, los profesionales y los voluntarios a hacerse cargo de aquellos que sufren para acompañarles en un camino de curación, gracias a una relación interpersonal de confianza (cf. *Nueva Carta de los agentes sanitarios* [2016], 4). Se trata, por lo tanto, de establecer un pacto entre los necesitados de cuidados y quienes los cuidan; un pacto basado en la confianza y el respeto mutuos, en la sinceridad, en la disponibilidad, para superar toda barrera defensiva, poner en el centro la dignidad del enfermo, tutelar la profesionalidad de los agentes sanitarios y mantener una buena relación con las familias de los pacientes.

Precisamente esta relación con la persona enferma encuentra una fuente inagotable de motivación y de fuerza en la *caridad de Cristo*, como demuestra el testimonio milenario de hombres y mujeres que se han santificado sirviendo a los enfermos. En efecto, del misterio de la muerte y resurrección de Cristo brota el amor que puede dar un sentido pleno tanto a la condición del paciente como a la de quien cuida de él. El Evangelio lo testimonia muchas veces, mostrando que las curaciones que hacía Jesús nunca son gestos mágicos, sino que siempre son fruto de un *encuentro, de una relación interpersonal*, en la que al don de Dios que ofrece Jesús le corresponde la fe de quien lo acoge, como resume la palabra que Jesús repite a menudo: “Tu fe te ha salvado”.

5. Queridos hermanos y hermanas: El mandamiento del amor, que Jesús dejó a sus discípulos, también encuentra una realización concreta en la relación con los enfermos. Una sociedad es tanto más humana cuanto más sabe cuidar a sus miembros frágiles y que más sufren, y sabe hacerlo con eficiencia animada por el amor fraterno. Caminemos hacia esta me-

ta, procurando que nadie se quede solo, que nadie se sienta excluido ni abandonado.

Le encomiendo a María, Madre de misericordia y Salud de los enfermos, todas las personas enfermas, los agentes sanitarios y quienes se prodigan al lado de los que sufren. Que Ella, desde la Gruta de Lourdes y desde los innumerables santuarios que se le han dedicado en todo el mundo, sostenga nuestra fe y nuestra esperanza, y nos ayude a cuidarnos unos a otros con amor fraterno. A todos y cada uno les imparto de corazón mi bendición.

VII

VIDEOMENSAJE A LOS OBISPOS Y AL CLERO DIOCESANO Y REGULAR DE VENEZUELA

(19-20 / 1-2021)

Agradezco al Señor la oportunidad de poder dirigirme a ustedes en este día, en el que comienzan un encuentro de manera virtual. Teniendo en cuenta las dificultades que agobian también a tantos de nuestros hermanos y hermanas en Venezuela y en el mundo entero, esta es una ocasión para compartir, en espíritu de fraternidad ministerial, sus experiencias sacerdotales, sus cansancios, sus incertidumbres, como también sus anhelos y su convicción de llevar adelante la obra de la Iglesia, que es la obra del Señor.

En estos momentos difíciles me viene en mente el pasaje del Evangelio de Marcos (cf. *Mc* 6,30-31), en los que relata cómo los apóstoles al regresar de la misión, a la que Jesús los había enviado, volvieron a reunirse con Él. Le contaron todo lo que habían hecho, todo lo que habían enseñado. Luego, Jesús los invitó a irse, solos con Él, a un lugar desierto a descansar un poco.

Nuestro ser Pastores de la Iglesia, también en el contexto actual, nos pide actuar de esta manera. No podemos actuar solos, aislados, autosuficientes, con agendas encubiertas. Es indispensable que volvamos siempre a Jesús, que nos reunamos en fraternidad sacramental, para contarle y contarnos entre nosotros «todo lo que hemos hecho y enseñado», con la convicción de que no es obra nuestra sino de Dios. Él es quien nos salva, nosotros sólo somos instrumentos en sus manos.

Esta asamblea, que se está llevando a cabo virtualmente a causa de la pandemia del Covid-19, tiene como objetivo permitir el encuentro de quienes han recibido la misión de testimoniar y extender la paternidad del Se-

ñor en el pueblo santo fiel de Dios. Quisiera, a este propósito, indicarles dos principios que nunca se deberían perder de vista y que garantizan el crecimiento de la Iglesia si nosotros somos fieles: *el amor al prójimo* y *el servicio de los unos a los otros*. Estos dos principios se anclan en las dos instituciones que Jesús lleva a cabo en la Última Cena, y que son el fundamento, por decirlo así, de su mensaje: la Eucaristía, para enseñar el amor, y el lavatorio de pies, para enseñar el servicio. Amor y servicio juntos, sino, no va.

Así nos quiere el Señor: especialistas en la tarea de amar a los demás, siendo capaces de mostrarles en la sencillez de pequeños gestos cotidianos de cariño y atención, la caricia de la ternura divina. Nos quiere también servidores de nuestros hermanos, pero servidores humildes, porque es Jesús quien nos envía y nos recuerda que el siervo no es más grande que su Señor, ni el enviado es más grande de quien lo ha mandado. Hay que reavivar en la vida el deseo de imitar al Buen Pastor y aprender a ser “siervos” de todos, particularmente de los hermanos y hermanas menos afortunados y tantas veces descartados, y que, en este tiempo de crisis, ellos se sientan acompañados, sostenidos, amados.

Queridos hermanos Obispos y sacerdotes: Los invito a seguir adelante, trabajando con gozo y decisión en su labor pastoral. A renovar el don de sí mismos al Señor y a su pueblo santo. Les agradezco el testimonio de amor y de servicio a los hermanos y hermanas venezolanos, manifestado en su atención a los enfermos, a quienes han llevado la fuerza de la palabra de Dios y la Eucaristía; manifestados en su acompañamiento al personal médico, paramédico y voluntarios que asisten a los pacientes en esta pandemia; en su diligencia por socorrer a los pobres y excluidos, por aquellos que carecen de lo necesario para sobrevivir y salir adelante dignamente. Gracias, gracias por todo esto.

Con gratitud les aseguro mi cercanía y mi oración, a todos ustedes, que llevan adelante la misión de la Iglesia en Venezuela, en el anuncio del Evangelio y en las numerosas iniciativas de caridad hacia los hermanos extremados por causa de la pobreza y la crisis sanitaria. A todos los encomiando a la intención de Nuestra Señora de Coromoto y de san José.

Y que el Señor bendiga y acompañe; bendiga y acompañe el trabajo de ustedes, el corazón de ustedes, las manos de ustedes, las rodillas de ustedes cuando rezan. Bendiga y acompañe las ilusiones de ustedes, los buenos deseos y, sobre todo, bendiga y acompañe la unidad de ustedes. No se fracturen hermanos. No se fracturen. Siempre hay una posibilidad de unirse. Como siempre hay una posibilidad de aislarse y crear una actitud del corazón sectaria, fuera de la unidad de la Iglesia.

Que el Señor los bendiga, que los acompañe. Y, por favor, les pido que recen por mí. Gracias.

VII

MENSAJE PARA LA 55 JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

«Ven y lo verás» (Jn 1,46).

Comunicar encontrando a las personas donde están y como son

La invitación a “ir y ver” que acompaña los primeros y emocionantes encuentros de Jesús con los discípulos, es también el método de toda comunicación humana auténtica. Para poder relatar la verdad de la vida que se hace historia (cf. *Mensaje para la 54.ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 enero 2020) es necesario salir de la cómoda presunción del “como es ya sabido” y ponerse en marcha, ir a ver, estar con las personas, escucharlas, recoger las sugerencias de la realidad, que siempre nos sorprenderá en cualquier aspecto. «Abre pasmosamente tus ojos a lo que veas y deja que se te llene de sabia y fresca el cuenco de las manos, para que los otros puedan tocar ese milagro de la vida palpitante cuando te lean», aconsejaba el beato Manuel Lozano Garrido[1] a sus compañeros periodistas. Deseo, por lo tanto, dedicar el Mensaje de este año a la llamada a “ir y ver”, como sugerencia para toda expresión comunicativa que quiera ser límpida y honesta: en la redacción de un periódico como en el mundo de la web, en la predicación ordinaria de la Iglesia como en la comunicación política o social. “Ven y lo verás” es el modo con el que se ha comunicado la fe cristiana, a partir de los primeros encuentros en las orillas del río Jordán y del lago de Galilea.

Desgastar las suelas de los zapatos

Pensemos en el gran tema de la información. Opiniones atentas se lamentan desde hace tiempo del riesgo de un aplanamiento en los “periódicos fotocopia” o en los noticieros de radio y televisión y páginas web que son sustancialmente iguales, donde el género de la investigación y del reportaje pierden espacio y calidad en beneficio de una información preconfeccionada, “de palacio”, autorreferencial, que es cada vez menos capaz de interceptar la verdad de las cosas y la vida concreta de las personas, y ya no sabe recoger ni los fenómenos sociales más graves ni las energías positivas que emanan de las bases de la sociedad. La crisis del sector editorial puede llevar a una información construida en las redacciones, frente al ordenador, en los terminales de las agencias, en las redes sociales, sin salir nunca a la calle, sin “desgastar las suelas de los zapatos”, sin encontrar a las personas para buscar historias o verificar *de visu* ciertas situaciones. Si no nos abrimos al encuentro, permaneceremos como es-

pectadores externos, a pesar de las innovaciones tecnológicas que tienen la capacidad de ponernos frente a una realidad aumentada en la que nos parece estar inmersos. Cada instrumento es útil y valioso sólo si nos empuja a ir y a ver la realidad que de otra manera no sabríamos, si pone en red conocimientos que de otro modo no circularían, si permite encuentros que de otra forma no se producirían.

Esos detalles de crónica en el Evangelio

A los primeros discípulos que quieren conocerlo, después del bautismo en el río Jordán, Jesús les responde: «Vengan y lo verán» (*Jn* 1,39), invitándolos a vivir su relación con Él. Más de medio siglo después, cuando Juan, muy anciano, escribe su Evangelio, recuerda algunos detalles “de crónica” que revelan su presencia en el lugar y el impacto que aquella experiencia tuvo en su vida: «Era como la hora décima», anota, es decir, las cuatro de la tarde (cf. v. 39). El día después –relata de nuevo Juan– Felipe comunica a Natanael el encuentro con el Mesías. Su amigo es escéptico: «¿Acaso de Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe no trata de convencerlo con razonamientos: «Ven y lo verás», le dice (cf. vv. 45-46). Natanael va y ve, y desde aquel momento su vida cambia. La fe cristiana inicia así. Y se comunica así: como un conocimiento directo, nacido de la experiencia, no de oídas. «Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos lo hemos oído», dice la gente a la Samaritana, después de que Jesús se detuvo en su pueblo (cf. *Jn* 4,39-42). El “ven y lo verás” es el método más sencillo para conocer una realidad. Es la verificación más honesta de todo anuncio, porque para conocer es necesario encontrar, permitir que aquel que tengo de frente me hable, dejar que su testimonio me alcance.

Gracias a la valentía de tantos periodistas

También el periodismo, como relato de la realidad, requiere la capacidad de ir allá donde nadie va: un movimiento y un deseo de ver. Una curiosidad, una apertura, una pasión. Gracias a la valentía y al compromiso de tantos profesionales –periodistas, camarógrafos, montadores, directores que a menudo trabajan corriendo grandes riesgos– hoy conocemos, por ejemplo, las difíciles condiciones de las minorías perseguidas en varias partes del mundo; los innumerables abusos e injusticias contra los pobres y contra la creación que se han denunciado; las muchas guerras olvidadas que se han contado. Sería una pérdida no sólo para la información, sino para toda la sociedad y para la democracia si estas voces desaparecieran: un empobrecimiento para nuestra humanidad.

Numerosas realidades del planeta, más aún en este tiempo de pandemia, dirigen al mundo de la comunicación la invitación a “ir y ver”. Existe el riesgo de contar la pandemia, y cada crisis, sólo desde los ojos del mundo más rico, de tener una “doble contabilidad”. Pensemos en la cuestión de las vacunas, como en los cuidados médicos en general, en el riesgo de exclusión de las poblaciones más indigentes. ¿Quién nos hablará de la espera de curación en los pueblos más pobres de Asia, de América Latina y de África? Así, las diferencias sociales y económicas a nivel planetario corren el riesgo de marcar el orden de la distribución de las vacunas contra el COVID. Con los pobres siempre como los últimos y el derecho a la salud para todos, afirmado como un principio, vaciado de su valor real. Pero también en el mundo de los más afortunados el drama social de las familias que han caído rápidamente en la pobreza queda en gran parte escondido: hieren y no son noticia las personas que, venciendo a la vergüenza, hacen cola delante de los centros de Cáritas para recibir un paquete de alimentos.

Oportunidades e insidias en la web

La red, con sus innumerables expresiones sociales, puede multiplicar la capacidad de contar y de compartir: tantos ojos más abiertos sobre el mundo, un flujo continuo de imágenes y testimonios. La tecnología digital nos da la posibilidad de una información de primera mano y oportuna, a veces muy útil: pensemos en ciertas emergencias con ocasión de las cuales las primeras noticias y también las primeras comunicaciones de servicio a las poblaciones viajan precisamente en la web. Es un instrumento formidable, que nos responsabiliza a todos como usuarios y como consumidores. Potencialmente todos podemos convertirnos en testigos de eventos que de otra forma los medios tradicionales pasarían por alto, dar nuestra contribución civil, hacer que emerjan más historias, también positivas. Gracias a la red tenemos la posibilidad de relatar lo que vemos, lo que sucede frente a nuestros ojos, de compartir testimonios.

Pero ya se han vuelto evidentes para todos también los riesgos de una comunicación social carente de controles. Hemos descubierto, ya desde hace tiempo, cómo las noticias y las imágenes son fáciles de manipular, por miles de motivos, a veces sólo por un banal narcisismo. Esta conciencia crítica empuja no a demonizar el instrumento, sino a una mayor capacidad de discernimiento y a un sentido de la responsabilidad más maduro, tanto cuando se difunden, como cuando se reciben los contenidos. Todos somos responsables de la comunicación que hacemos, de las informaciones que damos, del control que juntos podemos ejercer sobre las noticias falsas, desenmascarándolas. Todos estamos llamados a ser testigos de la verdad: a ir, ver y compartir.

Nada reemplaza el hecho de ver en persona

En la comunicación, nada puede sustituir completamente el hecho de ver en persona. Algunas cosas se pueden aprender sólo con la experiencia. No se comunica, de hecho, solamente con las palabras, sino con los ojos, con el tono de la voz, con los gestos. La fuerte atracción que ejercía Jesús en quienes lo encontraban dependía de la verdad de su predicación, pero la eficacia de lo que decía era inseparable de su mirada, de sus actitudes y también de sus silencios. Los discípulos no escuchaban sólo sus palabras, lo miraban hablar. De hecho, en Él –el *Logos* encarnado– la Palabra se hizo Rostro, el Dios invisible se dejó ver, oír y tocar, como escribe el propio Juan (cf. *1 Jn* 1,1-3). La palabra es eficaz solamente si se “ve”, sólo si te involucra en una experiencia, en un diálogo. Por este motivo el “ven y lo verás” era y es esencial.

Pensemos en cuánta elocuencia vacía abunda también en nuestro tiempo, en cualquier ámbito de la vida pública, tanto en el comercio como en la política. «Sabe hablar sin cesar y no decir nada. Sus razones son dos granos de trigo en dos fanegas de paja. Se debe buscar todo el día para encontrarlos y cuando se encuentran, no valen la pena de la búsqueda»[2]. Las palabras mordaces del dramaturgo inglés también valen para nuestros comunicadores cristianos. La buena nueva del Evangelio se difundió en el mundo gracias a los encuentros de persona a persona, de corazón a corazón. Hombres y mujeres que aceptaron la misma invitación: “Ven y lo verás”, y quedaron impresionados por el “plus” de humanidad que se transparentaba en su mirada, en la palabra y en los gestos de personas que daban testimonio de Jesucristo. Todos los instrumentos son importantes y aquel gran comunicador que se llamaba Pablo de Tarso hubiera utilizado el correo electrónico y los mensajes de las redes sociales; pero fue su fe, su esperanza y su caridad lo que impresionó a los contemporáneos que lo escucharon predicar y tuvieron la fortuna de pasar tiempo con él, de verlo durante una asamblea o en una charla individual. Verificaban, viéndolo en acción en los lugares en los que se encontraba, lo verdadero y fructuoso que era para la vida el anuncio de salvación del que era portador por la gracia de Dios. Y también allá donde este colaborador de Dios no podía ser encontrado en persona, su modo de vivir en Cristo fue atestiguado por los discípulos que enviaba (cf. *1 Co* 4,17).

«En nuestras manos hay libros, en nuestros ojos hechos», afirmaba san Agustín[3] exhortando a encontrar en la realidad el cumplimiento de las profecías presentes en las Sagradas Escrituras. Así, el Evangelio se repite hoy cada vez que recibimos el testimonio límpido de personas cuya vida ha cambiado por el encuentro con Jesús. Desde hace más de dos mil años es una cadena de encuentros la que comunica la fascinación de la aven-

tura cristiana. El desafío que nos espera es, por lo tanto, el de comunicar encontrando a las personas donde están y como son.

*Señor, enséñanos a salir de nosotros mismos,
y a encaminarnos hacia la búsqueda de la verdad.*

*Enséñanos a ir y ver,
enséñanos a escuchar,
a no cultivar prejuicios,
a no sacar conclusiones apresuradas.*

*Enséñanos a ir allá donde nadie quiere ir,
a tomarnos el tiempo para entender,
a prestar atención a lo esencial,
a no dejarnos distraer por lo superfluo,
a distinguir la apariencia engañosa de la verdad.*

*Danos la gracia de reconocer tus moradas en el mundo
y la honestidad de contar lo que hemos visto.*

VIII

HOMILÍA EN EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

(Basílica de San Pedro, 24-1-2021)

[Homilía del Santo Padre, leída por Monseñor Rino Fisichella]

En este domingo de la Palabra escuchamos a Jesús que anuncia el Reino de Dios. Vemos *qué y a quién* lo dice.

Qué dice. Jesús comenzó a predicar así: «El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está llegando» (Mc 1,15). Dios está cerca, este es el primer mensaje. Su Reino ha bajado a la tierra. Dios no está –como muchas veces estamos tentados de pensar– allá arriba en los cielos, lejos, separado de la condición humana, sino que está con nosotros. El tiempo del distanciamiento terminó cuando en Jesús Dios se hizo hombre. Desde entonces, Dios está muy cerca; nunca se separará ni se cansará jamás de nuestra humanidad. Esta cercanía es el inicio del Evangelio, es lo que –resalta el texto– Jesús «decía» (v. 15): no lo dijo una vez y basta, lo decía, es decir lo repetía continuamente. “Dios está cerca” era el hilo conductor de su anuncio, el núcleo de su mensaje. Si este es el inicio y el estribillo de la predicación de Jesús, debe ser también la constante de la vida y del anuncio cristiano. Antes de nada, se necesita creer y anunciar que Dios se ha acercado a nosotros, que hemos sido agraciados, “misericordiosos”. Antes de cualquier palabra nuestra sobre Dios está su Pala-

bra para nosotros, que continúa diciéndonos: “No temas, estoy contigo. Estoy y estaré cerca de ti”.

La Palabra de Dios nos permite constatar esta cercanía, porque –dice el Deuteronomio– no está lejos de nosotros, sino que *está cerca* de nuestro corazón (cf. 30,14). Es antídoto contra el miedo de quedarnos solos ante la vida. De hecho, el Señor a través de su Palabra *con-suela*, es decir: está *con* quien está *solo*. Hablándonos, nos recuerda que estamos en su corazón, somos hermosos para sus ojos, estamos custodiados en las palmas de sus manos. La Palabra de Dios infunde esta paz, pero *no deja en paz*. Es una Palabra de consolación, pero también de conversión. «Conviértanse», dijo Jesús justo después de haber proclamado la cercanía de Dios. Porque con su cercanía terminó el tiempo en el que se toman las distancias de Dios y de los otros, terminó el tiempo en el que cada uno piensa sólo en sí mismo y sigue adelante por su cuenta. Esto no es cristiano, porque quien experimenta la cercanía de Dios no puede distanciarse del prójimo, no puede alejarlo con indiferencia. En este sentido, quien es asiduo a la Palabra de Dios recibe saludables cambios existenciales: descubre que la vida no es el tiempo para esconderse de los otros y protegerse a sí mismo, sino la ocasión para ir al encuentro de los demás en el nombre del Dios cercano. Así la Palabra, sembrada en el terreno de nuestro corazón, nos lleva a *sembrar esperanza a través de la cercanía*. Precisamente como hace Dios con nosotros.

Veamos ahora *a quién* habla Jesús. En primer lugar se dirigió a los pescadores de Galilea. Eran personas sencillas, que vivían del fruto de sus manos, trabajando duramente noche y día. No eran expertos en las Escrituras y no sobresalían seguramente por la ciencia y la cultura. Habitaban una región variopinta, con diferentes pueblos, etnias y cultos. Era el lugar más lejano de la pureza religiosa de Jerusalén, el más distante del corazón del país. Pero Jesús comienza desde allí, no desde el centro, sino desde la periferia; y lo hace para decirnos también a nosotros que nadie está al margen del corazón de Dios. Todos pueden recibir su Palabra y encontrarlo personalmente. Hay un hermoso detalle en el Evangelio a este propósito, cuando se hace notar que el anuncio de Jesús llegó «después» del de Juan (*Mc* 1,14). Es un *después* decisivo, que marca una diferencia: Juan acogía a la gente en el desierto, donde iban sólo aquellos que podían dejar los lugares donde vivían. Sin embargo, Jesús hablaba de Dios en el corazón de la sociedad, a todos, allí donde estuvieran. Y no hablaba en los horarios y tiempos establecidos. Hablaba «mientras caminaba por la orilla del lago» a los pescadores que «echaban las redes» (v. 16). Se dirigía a las personas en los lugares y tiempos más ordinarios. Esta es la *fuerza universal* de la Palabra de Dios, que alcanza a todos y a cada ámbito de la vida.

Pero la Palabra tiene también una *fuerza particular*, es decir, que incide también en cada uno de modo directo, personal. Los discípulos no olvidarán jamás las palabras que escucharon aquel día en la orilla del lago, cerca de la barca, de los familiares y de los compañeros, palabras que marcaron para siempre su vida. Jesús les dijo: «Vengan detrás de mí y los haré *pescadores de hombres*» (v. 17). No los atrajo con discursos elevados e inaccesibles, sino que hablaba sus vidas: a unos pescadores de peces les dijo que serán pescadores de hombres. Si les hubiera dicho: “Vengan detrás de mí y los haré apóstoles, serán enviados en el mundo y anunciarán el Evangelio con la fuerza del Espíritu, los matarán pero serán santos”, podemos imaginar que Pedro y Andrés le habrían respondido: “Gracias, más bien preferimos nuestras redes y nuestras barcas”. Sin embargo, Jesús los llama a partir de su vida: “Son pescadores, se convertirán en pescadores de hombres”. Tocados por esta frase, descubrirán paso a paso que vivir pescando peces era de poco valor, pero remar mar adentro desde la Palabra de Jesús es el secreto de la alegría. Así hace el Señor con nosotros, nos busca donde estamos, nos ama como somos y con paciencia acompaña nuestros pasos. Como a aquellos pescadores, nos espera en la orilla de la vida. Con su Palabra quiere hacernos cambiar de rumbo, para que dejemos de ir tirando y vayamos mar adentro en pos de Él.

Por esto, queridos hermanos y hermanas, no renunciemos a la Palabra de Dios. Es la carta de amor escrita para nosotros por Aquel que nos conoce como nadie más. Leyéndola, sentimos nuevamente su voz, vislumbramos su rostro, recibimos su Espíritu. La Palabra nos acerca a Dios; no la tengamos lejos. Llévemola siempre con nosotros, en el bolsillo, en el teléfono; démosle un sitio digno en nuestras casas. Pongamos el Evangelio en un lugar donde nos recordemos abrirlo cada día, si es posible al inicio y al final de la jornada, de modo que entre tantas palabras que llegan a nuestros oídos llegue al corazón algún versículo de la Palabra de Dios. Para poder hacer esto, pidamos al Señor la fuerza de apagar la televisión y abrir la Biblia; de desconectar el móvil y abrir el Evangelio. En este Año litúrgico leemos el Evangelio de Marcos, el más sencillo y breve. ¿Por qué no leerlo incluso a solas, aunque sea un pequeño pasaje cada día? Nos hará sentir la cercanía del Señor y nos infundirá valor en el camino de la vida.

IX

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LAS SEGUNDAS VÍSPERAS LIV SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

(Basílica de San Pablo extramuros, 25-1-2021)

[Homilía del Santo Padre, leída por Su Eminencia el Card. Kurt Koch]

«Permanezcan en mi amor» (Jn 15,9). Jesús relaciona esta petición con la imagen de la vid y los sarmientos, la última que nos ofrece en los Evangelios. El Señor mismo es la vid, la vid «verdadera» (v. 1), que no traiciona las expectativas, sino que permanece fiel en el amor y nunca falla, a pesar de nuestros pecados y nuestras divisiones. En esta vid que es Él, todos los bautizados estamos injertados como sarmientos: lo que significa que sólo podemos crecer y dar fruto cuando estamos unidos a Jesús. Esta tarde nos fijamos en esta unidad indispensable, que tiene múltiples niveles. Pensando en el árbol de la vid, podríamos imaginar la unidad formada por tres círculos concéntricos, como los de un tronco.

El primer círculo, el más interno, es *permanecer en Jesús*. Aquí es donde comienza el camino de cada persona hacia la unidad. En la acelerada y compleja realidad actual, es fácil perder el hilo, atraídos por mil cosas. Muchos se sienten fragmentados por dentro, incapaces de encontrar un punto fijo, un orden estable en las circunstancias variables de la vida. Jesús nos muestra el secreto de la estabilidad al permanecer en Él. En el texto que hemos escuchado repite este concepto siete veces (cf. vv. 4-7.9-10). Porque sabe que “sin Él no podemos hacer nada” (cf. v. 5). También nos mostró cómo hacerlo, dándonos un ejemplo: cada día se retiraba a lugares desiertos para rezar. Necesitamos la oración como el agua para vivir. La oración personal, estar con Jesús, la adoración, es lo esencial para permanecer en Él. Es el modo de poner en el corazón del Señor todo lo que habita en nuestro corazón, esperanzas y temores, alegrías y penas. Pero, sobre todo, centrados en Jesús en la oración, experimentamos su amor. Y de este modo nuestra existencia toma vida, como el sarmiento toma savia del tronco. Esta es la primera unidad, nuestra integridad personal, obra de la gracia que recibimos al permanecer en Jesús.

El segundo círculo es el de la *unidad con los cristianos*. Somos sarmientos de la misma vid, somos vasos comunicantes: el bien y el mal que cada uno hace se derrama sobre los demás. En la vida espiritual existe una especie de “ley de la dinámica”: en la medida en que permanecemos en Dios nos acercamos a los demás, y en la medida en que nos acercamos a los demás permanecemos en Dios. Significa que si oramos a Dios en espíritu y

en verdad surge la necesidad de amar a los demás y, por otra parte, que «si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros» (1 Jn 4,12). La oración sólo puede conducir al amor, de lo contrario es un ritualismo fatuo. De hecho, no es posible encontrarse con Jesús sin su Cuerpo, formado por muchos miembros, tantos como son los bautizados. Si nuestra adoración es auténtica, creceremos en el amor por todos los que siguen a Jesús, independientemente de la comunión cristiana a la que pertenezcan, porque, aunque no sean “de los nuestros”, son suyos.

Sin embargo, constatamos que amar a nuestros hermanos no es fácil, porque enseguida aparecen sus defectos y faltas, y nos vienen a la mente las heridas del pasado. Aquí nos ayuda la acción del Padre que, como un agricultor experto (cf. Jn 15,1), sabe bien lo que tiene que hacer: «Todo sarmiento que no da fruto lo corta, y al que da fruto lo poda para que dé más fruto aún» (Jn 15,2). El Padre *corta y poda*. ¿Por qué? Porque para amar hay que despojarse de todo lo que nos desvía del camino y nos encorva sobre nosotros mismos, impidiéndonos dar fruto. Pidamos, pues, al Padre que nos quite los prejuicios sobre los demás y los apegos mundanos que dificultan la plena unidad con todos sus hijos. Así, purificados en el amor, sabremos poner en segundo lugar las trabas terrenales y los obstáculos del pasado que hoy nos distraen del Evangelio.

El tercer círculo de la unidad, el más amplio, es *toda la humanidad*. Aquí podemos reflexionar sobre la acción del Espíritu Santo. En la vid que es Cristo, Él es la savia que llega a todas partes. Pero el Espíritu sopla donde quiere y por todos los lugares que quiere para conducirnos de nuevo a la unidad. Nos lleva a amar no sólo a los que nos quieren y piensan como nosotros, sino a todos, como Jesús nos enseñó. Nos hace capaces de perdonar a nuestros enemigos y los males que nos han hecho. Nos insta a ser activos y creativos en el amor. Nos recuerda que nuestro prójimo no es sólo el que comparte nuestros valores e ideas, sino que estamos llamados a ser prójimos de todos, buenos samaritanos de la humanidad vulnerable, pobre y sufriente –tan sufriente hoy en día– que yace en las calles del mundo y que Dios quiere levantar con compasión. Que el Espíritu Santo, autor de la gracia, nos ayude a vivir en la *gratuidad*, a amar incluso a los que no nos corresponden, porque es en el amor puro y desinteresado donde el Evangelio da sus frutos. Por los frutos reconocemos el árbol: por el amor gratuito reconocemos si pertenecemos a la vid de Jesús.

El Espíritu Santo nos enseña así la *concreción del amor* hacia todos los hermanos y las hermanas con los que compartimos la misma humanidad, esa humanidad que Cristo unió a sí de manera inseparable, diciéndonos que lo encontraremos siempre en los más pobres y necesitados (cf. Mt 25,31-45). Al servirles juntos, nos redescubriremos como hermanos y creceremos en la unidad. El Espíritu, que renueva la faz de la tierra, también nos exhorta a cuidar la casa común, a tomar decisiones audaces

sobre la forma de vivir y consumir, porque lo contrario de dar fruto es la explotación y es indigno desperdiciar los preciosos recursos de los que tantos carecen.

El mismo Espíritu, autor del camino ecuménico, nos ha llevado esta tarde a rezar juntos. Y mientras experimentamos la unidad que proviene de dirigirse a Dios con una sola voz, deseo agradecer a todos los que durante esta Semana han rezado y seguirán rezando por la unidad de los cristianos. Saludo fraternalmente a los representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales aquí reunidas: a los jóvenes ortodoxos y ortodoxos orientales que estudian en Roma con la ayuda del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos; a los profesores y a los estudiantes del *Ecumenical Institute of Bossey*, que deberían haber venido a Roma, como en años anteriores, pero que no han podido a causa de la pandemia y nos siguen a través de los medios de comunicación. Queridos hermanos y hermanas: Permanezcamos unidos en Cristo. Que el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones, nos haga sentir hijos del Padre, hermanos y hermanas entre nosotros, hermanos y hermanas en la única familia humana. Que la Santísima Trinidad, comunión de amor, nos haga crecer en la unidad.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Mensajes

No hay paz sin cuidado, ni horizonte sin amor ...	119
Vacunarse como expresión de caridad y responsabilidad	121
Unidos, como tierra ecuménica de Dios	122
Hasta que la Palabra se haga carne	124
Don Bosco y la alegría de educar	125

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de enero	127
-------------------------------	-----

CURIA
DIOCESANA

Vicaría de Pastoral

Calendario pastoral para el mes de febrero	129
--	-----

Secretaría General

Convocatoria para la celebración del “Rito de Admisión al Diaconado y Presbiterado”	130
En la Paz del Señor: Rvdo. D. Agustín Heras Alarcia, Rvdo. D. Julián Lucio Pérez y Sor Teresa Juárez Marcos	131

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

Colegio de arciprestes

Crónica de la reunión del Colegio de Arciprestes (18-12-2020)	133
---	-----

Consejo presbiteral

Crónica de la reunión del Consejo Presbiteral (18-1-2021)	135
---	-----

VIII Centenario de la Catedral

La Junta colabora en los actos del VIII Centenario	140
Sindicatos y políticos conocen proyectos de la Fundación del VIII Centenario	140
La Fundación VIII Centenario recupera obras musicales del archivo catedralicio	141

El Presidente de las Cortes de CyL reafirma su compromiso con el VIII Centenario de Santo Domingo de Guzmán	141
La archidiócesis elabora material didáctico sobre la catedral	142

Delegación de Medios de Comunicación

Noticias de interés	143
---------------------------	-----

COMUNICADOS
ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es	156
Mons. Antonio Gómez Cantero, nombrado Obispo Coadjutor de Almería	156
Mensaje de la Comisión Episcopal para la Vida Religiosa	157
El sacerdote Francisco José Prieto, Obispo auxiliar de Santiago de Compostela	161
Fallece Mons. Juan del Río, Arzobispo Castrense .	162

Congregación para el Culto Divino y disciplina de los Sacramentos

Modificado el Rito del miércoles de ceniza	164
--	-----

Santo Padre

Dirección en Internet: w2.vatican.va	165
Homilía en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y Jornada por la Paz	165
Homilía en la Solemnidad de la Epifanía	168
Carta Apostólica “ <i>Spiritus Domini</i> ”	171
Carta al Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre acceso de las mujeres a los ministerios laicales	173
Mensaje para la Jornada mundial del enfermo ...	178
Videomensaje a obispos, sacerdotes y religiosos de Venezuela	181
Mensaje para la Jornada de las comunicaciones sociales	183
Homilía en el Domingo de la Palabra	187
Homilía en las segundas vísperas en la Semana de oración por la unidad de los cristianos	191

Fotocomposición: Rico Adrados, S.L.

Imprime: Rico Adrados, S.L.

Depósito legal: BU-90. – 1967

ISSN: 1885-2033

